



SS

SERVICIO
SECRETO

MARK HALLORAN

LA PANTERA
de RUBIA

Ella regresó de la puerta, después de cerrarla.

Un telegrama.

En aquel momento supo Sterling que todo había terminado.

El telegrama decía:

«Cotización inmobiliarias baja dos enteros. Tío Joe».

Hilde se miró por última vez en su espejito antes de guardar éste y el rojo de labios en el monedero. Por última vez.



Mark Halloran

La pantera rubia

Bolsilibros: Servicio Secreto - 502

ePub r1.0

Titivillus 17.01.18

Título original: *La pantera rubia*
Mark Halloran, 1960

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Mark Halloran

La pantera rubia

1ª. EDICIÓN

MARZO -1960

EDITORIAL

Proyecto, 2-T 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

LA PANTERA

RUBIA

por

MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

Ella regresó de la puerta, después de cerrarla.

—Un telegrama.

En aquel momento supo Sterling que todo había terminado.

El telegrama decía:

«Cotización inmobiliarias baja dos enteros. *Tío Joe*».

Hilde se miró por última vez en su espejito antes de guardar éste y el rojo de labios en el monedero. Por última vez.

—¿Buenas noticias?

—Simple cuestión de negocios —dijo perezosamente Sterling.

Dejó el telegrama sobre la mesilla contigua al diván, de modo que la muchacha pudiera leerlo.

—Inmobiliarias —murmuró ella. Se alisaba la falda, se atusaba el cabello; los últimos toques maquinales antes de marcharse—. Qué tontería. ¿A la misma hora mañana, cariño?

—Sí —dijo él—. Hasta mañana, *meine liebe*.

No se levantó para despedirla. No la acompañó a la puerta. No se movió del diván.

Hilde detestaba que la besaran cuando había rehecho su maquillaje. Sonrió, saludó con la mano y se fue.

Como siempre.

Su exquisito perfume había quedado flotando en el cuarto de estar. Sterling cerró los ojos y lo aspiró, pensando que no, que esta vez no era como siempre, que ya no volvería a serlo nunca.

¡Ah, las mujeres! De no ser porque abundaban casi tanto como las moscas, ¡qué pena!

Sobre la mesa, en el círculo de luz que proyectaba la lámpara, había un libro abierto, una novela titulada «Exodus». Un *best-seller*, pensó Sterling. Tío Joe no leía más que tres cosas: *best-sellers* norteamericanos, la edición europea del «New York Times» y los informes que redactaban sus agentes.

—¿Puedo saber, Sterling, qué demonio estabas haciendo en Hamburgo?

Sterling apartó la mirada del libro y la posó en el hombre que se hallaba en pie junto a la mesa. Muchos afirmaban que Tío Joe había sido militar, aunque nadie sabía exactamente cuándo, dónde ni con qué nombre. Había ciertamente un sello castrense en su habitual actitud, en la autoridad de su voz, en el centelleo de sus penetrantes ojos. Pero había en él otras muchas cosas que nada tenían que ver con el ejército. Muchísimas cosas.

—En Hamburgo gozaba de la vida. Es para esto un lugar tan bueno como otro cualquiera.

—¿Realmente?

—Depende de la persona que le ayude a uno a gozarla.

—¿Cómo era ella?

Sterling pestañeó.

—Un sueño.

—Olvídala. Eso se ha acabado.

—Lo sé desde que recibí su telegrama. He aterrizado hace dos horas en Orly. No vine esta mañana porque no encontré plaza en el avión. —Sterling se desprecizó irrespetuosamente—. Visite París en primavera: es un consejo de agencia turística.

Tío Joe estaba en la penumbra. Vestía un elegante batín de seda. Su largo, enjuto e inteligente rostro, enmarcado por los cabellos grises, no expresaba la menor emoción.

—¿Has oído hablar de un tal Kurt Donau?

—Es posible.

—Trabajaba para el Servicio Secreto, era el agente pivote de la red oficial en Austria y se distinguió durante la revolución húngara del cincuenta y seis. Hace poco más de dos meses desapareció en Viena.

Sterling se miró las manos.

—La ciudad ideal para desaparecer.

—Hubo algo raro en el asunto. Por supuesto, Donau fue a parar a manos de los rusos y tenemos noticias fidedignas de que ha sido liquidado, pero antes ocurrió algo muy particular. El cabezota de Quarry recibió una carta ofreciendo la devolución de Donau a cambio de cien mil dólares. La oferta era insólita, naturalmente, pero Quarry se pasó de listo y no la tomó en consideración. Es decir, puso en movimiento a toda la red austríaca con el encargo de registrar cielo y tierra en busca de Donau, y se abstuvo de contestar la carta. En ésta se estipulaba un plazo para hacer efectivo el rescate. El plazo expiró. De Donau no se supo una palabra más, hasta que un informe confidencial transmitido por intermedio de nuestra Embajada en Moscú dio a entender que había sido ejecutado a puerta cerrada.

El general Walter Quarry era el jefe del Servicio Secreto en Europa Oriental. Sterling sabía lo que opinaba de él Tío Joe, e imaginaba lo que Quarry opinaba de éste.

—Supongo que para el Servicio Secreto, Kurt Donau no valía cien mil dólares —dijo.

Tío Joe no replicó. Anunció al cabo de un momento:

—Ahora ha desaparecido Gerald Browne.

Sterling le miró con la boca abierta.

—¿Gerry? ¿Dónde?

—Aquí. En París. Ante mis propias narices.

—¡Infierno!

—Tú y él erais buenos amigos, si no me equivoco.

¡Buenos amigos!

Sterling se pasó la lengua por los labios. ¿Buenos amigos él y Gerry Browne? ¿Quién no era buen amigo de Gerry?

Un tipo estupendo. Único. Un tejano que amaba la vida y no temía la muerte. Veintisiete años de edad y otros tantos pozos de petróleo que derramaban una lluvia inacabable de dólares sobre su cuenta corriente.

Alegre, dilapidador, juerguista, noble, fiel, con las mujeres siempre corriéndole detrás en bandada, Gerry Browne era tan famoso en París como en Saint Tropez, Cannes y Montecarlo, en Hamburgo y Frankfurt como en Capri, Milán y Roma, en Londres como en Bruselas y Copenhague.

Y sin embargo, no era lo que parecía. Podían contarse con los dedos las personas que lo sabían, pero, con toda su fortuna, con sus locuras de niño mimado, Gerry se jugaba la vida en la partida más peligrosa del mundo: era uno de los tentáculos principales de la organización que Tío Joe tenía extendida a través de Europa, una de las piezas más valiosas de su mortífero tablero de ajedrez.

Hombres y mujeres trabajaban para Tío Joe por motivos diversos: unos por vocación, otros por dinero, por aburrimiento, por amor al peligro, por temor, por espíritu vengativo, por satisfacer odios o sentimientos personales, e incluso, en algunos casos, porque Tío Joe les tenía entre sus garras y debían optar entre servirle o morir asfixiados. Gerry Browne era, de todos ellos, el único que trabajaba por deporte.

—Somos buenos amigos —puntualizó Sterling, negándose a referirse al tejano en pretérito—. Hemos luchado juntos, nos hemos emborrachado juntos, nos hemos aporreado media docena de veces por una mujer; nada hay que una tanto a dos hombres. ¿Quiere usted decir que alguien le ha pedido por Gerry cien mil dólares? ¿Por eso ha mencionado anteriormente a Donau?

Tío Joe movió negativamente la cabeza.

—Nadie me ha pedido nada aún, pero preveo la posibilidad de que así ocurra. La desaparición de Gerry no tiene explicación posible, salvo en un sentido que la relaciona con la de Kurt Donau.

—París no es Viena.

—Ni yo soy esa calabaza presumida de Quarry, ni vosotros, a Dios gracias, sois el Servicio Secreto. Pero es positivamente cierto que Donau y Gerry iban en pos de algo gordo; por decirlo a la manera de Gerry, ambos iban a la caza de una pantera rubia.

Sterling enarcó las cejas.

—¿Bromea usted?

—Repito lo que él dijo: una pantera rubia. Donau no utilizó la palabra pantera, pero en una de sus últimas confidencias habló de que iba a dar una sorpresa con una rubia. Es un punto de coincidencia entre los dos casos.

—¿Una sorpresa con una rubia? ¿Qué sorpresa?

—No lo sé.

—La sorpresa pudo haber sido su boda. Y lo mismo en cuanto a Gerry. Solía haber una pantera rubia cerca de Gerry, aunque era

más bien ella quien le daba caza a él... Me refiero a Micheline Lessou, la última reina del Festival de Cannes. Una de las estrellas cinematográficas de lo que aquí llaman Nueva Ola. Pero, por supuesto, usted está enterado.

Los ojos de Tío Joe centelleaban.

—Sterling, una de tus mejores cualidades es poseer una fantasía novelesca. Gerry y Micheline Lessou habían anunciado oficialmente su compromiso.

—Bien, ¿y qué dice ella?

—Desapareció más o menos al mismo tiempo que él.

Sterling se inclinó hacia adelante.

—¿Qué?

—Sí, hijo, ambos se han desvanecido como el humo, y mucha gente anda de cabeza por su culpa. La última película de Micheline Lessou está a punto de ser presentada en sesión de gala, con recepción a los críticos, desfile de personalidades, cóctel y todo lo demás. Los productores andan revolviendo el país en busca de su estrella. La opinión general es que se ha fugado con Gerry para casarse sin intrusión de los periodistas.

—Una opinión muy razonable.

—¡Vamos, tú conoces a Gerry! Parece insensato, pero no lo es; no en lo que me atañe a mí por lo menos. A mí me habría prevenido.

—Conozco a Gerry y conozco a Micheline Lessou.

—¿Y qué?

—Lo que un hombre haga teniendo cerca a Micheline depende de varios factores, entre ellos lo que haya bebido y el ángulo desde el cual la mira. De todos modos, es seguro que hará excentricidades. —Sterling se encogió de hombros—. Yo esperaría. Apuesto a que Gerry y Micheline reaparecen en cualquier momento cogidos de la mano para enseñarnos sus anillos de boda.

Tío Joe no dijo que no. Abrió, simplemente, una gaveta, sacó una hoja de papel y la depositó al alcance de la vista de Sterling.

Éste leyó:

«Querido Tío Joe: ¿Sabe usted de alguien que haya cazado una pantera rubia devoradora de hombres? Prepárese a recibir grandes noticias de su siempre

devoto Gerry».

Gerry Browne ponía en sus cosas un estilo personal inconfundible, y aquella nota le retrataba. Había sido garabateada apresuradamente en un papel que ostentaba el membrete de «La Coquille d'Or»,

un *cabaret* de Montmartre, y en la parte inferior una mancha que Sterling olfateó: *whisky*. Gerry odiaba la rutina, detestaba los convencionalismos, rompía todas las normas y se trazaba sus propias pautas.

Lo mismo que Tío Joe. No en vano éste le profesaba especial afecto.

Sterling dijo:

—Sigo sin ver nada sospechoso. Micheline es, en cierto sentido, una pantera rubia devoradora de hombres... A no ser que Gerry trabajara en algo que usted le había encomendado expresamente...

—No. La primera noticia que tuve de que trabajaba en algo fue esa nota. Pero hasta su desaparición, y sólo después de exprimirme la mollera durante toda una noche pasada en blanco, no lo relacioné con lo ocurrido a Kurt Donau en Viena.

—¿Y por ello me ha hecho venir de Hamburgo?

—Quiero que encuentres a Gerry. —Tío Joe sacó a relucir su irresistible tono militar—. Hijo, tengo la suficiente experiencia para comprender que esa nota no es una humorística participación de matrimonio, sino un aviso. Y tú no eres tan estúpido como para creer lo contrario. Gerry es Gerry.

Sterling asintió con desgana. Gerry era Gerry: indiscutible. La nota encajaba en su estilo. Una simple mirada le había bastado para advertir que no estaba cifrada, que no disimulaba un mensaje secreto: quería decir lo que decía y nada más.

Una pantera rubia devoradora de hombres.

Asombroso.

—Gerry es Gerry —insistió tercamente Tío Joe—. Tú sabes que nunca deja nada al azar, que tiene en el fondo alma de matemático. No deja al azar ni siquiera el papel en que escribe sus, en apariencia, disparatadas cartas.

—«La Coquille

d'Or».

Supongo que querrá usted que visite ese antro esta misma noche.

—Exactamente.

—Y supongo también que si se ha molestado en traerme de Hamburgo para encomendarme la tarea, excluyendo a los agentes que tiene usted aquí, es porque parece haber de por medio una rubia. Lo ha hecho pensando en lo que a mi me ocurre con las rubias.

—Pues no, Sterling —respondió—. Lo he hecho pensando en lo que a las rubias les ocurre contigo...

CAPÍTULO II

Visite París en primavera: un consejo de agencia turística.

Sterling respiró profundamente, en la encrucijada clave de la Plaza de la Opera, el aire de los grandes bulevares. Interminables perspectivas, un flujo continuo de paseantes apresurados u ociosos, calzadas atestadas de vehículos, grandes cafés con las terrazas desbordantes de público, miles de *boutiques* de infinita diversidad, una orgía de muestras y rótulos publicitarios luminosos parpadeando en la noche.

Hamburgo era Hamburgo; París era París. Sintió de pronto que había estado demasiado tiempo ausente.

Desde el Café de la Paz llamó por teléfono a Denis Hoche, su socio. La razón social «Hoche y Walsh», con oficinas en el bulevar Haussmann, se dedicaba a los reaseguros internacionales; una tapadera tan buena como cualquier otra.

—¿De regreso a la base? —preguntó Hoche, sin gran interés. Era un francés frío y escéptico, que cojeaba un poco de la pierna izquierda por causa de una herida recibida en los ya lejanos tiempos de los maquis.

Llegaron los contratos de Hamburgo hace un par de semanas; la mitad aproximadamente de los que debían llegar. ¿Qué has estado haciendo?

—Un poco de todo.

—Tío Joe no sabía de ti una palabra.

—Dejemos eso ahora, Denis. ¿Está preparado mi apartamento? Es lo único que me importa. Aterricé esta tarde en Orly y tengo todavía las maletas en la estación aérea.

—Está preparado. Puedes ir cuando gustes.

—Gracias. Mañana pasaré en cualquier momento por la

oficina...

—¡Oh, no hay prisa! —exclamó Hoche, sarcástico.

El aire de París en primavera.

Sterling Walsh aguardó en la acera del Café de la Paz hasta localizar un taxi en el torrente circulatorio. Se hizo conducir a la estación aérea, donde recogió su equipaje, y luego a la Avenida de Versailles. Allí tenía su apartamento.

Lo encontró todo a punto, preparado para recibirle. Denis Hoche era, además de un socio comercial eficiente, un auxiliar personal inapreciable.

Tomó una ducha y se mudó de ropa.

Cenó.

Cenó en «Chez Pauline», a dos manzanas de su casa recibiendo la sonriente bienvenida de la dueña y deleitándose con el sabor de sus platos predilectos y con la visión de sus camareras predilectas.

A las once estaba en Montmartre ante el rótulo luminoso de «La Coquille d'Or».

No había en el local absolutamente nada que lo diferenciase de los demás de su estilo. Probablemente se encontraba en su interior un buen surtido de rubias; en cuanto a panteras rubias habría que verlo.

Un cartel en el vestíbulo reseñaba el programa y los nombres de los artistas que actuaban en el espectáculo. Uno de los nombres, el que había figurado con letras de mayor tamaño, estaba tapado por una tira de papel pegada encima. La anchura de la tira daba idea del tamaño de las letras.

Sterling se detuvo y contempló el cartel frunciendo el entrecejo.

Quizá su primera impresión había sido equivocada. Quizá, a fin de cuentas, había en «La Coquille d'Or»

algo distinto.

Entró.

Gente que bailaba. Turistas. Color local. Como en todas partes.

Fue al bar y pidió un *whisky*. Preguntó al barman:

—¿A quién han suprimido del programa?

El barman le dedicó una sonrisa profesional.

—¿Cómo, señor?

—He visto un nombre borrado del cartel.

La respuesta, dejó a Sterling asombrado:

—Micheline Lessou, señor.

—¿Qué hacía aquí Micheline Lessou?

La sonrisa del barman se tornó nostálgica.

—Llenarnos el local todas las noches. Una maravilla, señor. Como bailarina no es una Ludmilla Tcherina, pero le basta con salir a la pista para llevarse al público de calle. Su número con Anouk Cordy era sensacional; se lo digo yo, señor, que llevo quince años viendo números sensacionales.

Sterling aguardó a que su *whisky* hubiera sido servido. Una arruga de perplejidad se marcaba en su frente.

—De modo que Micheline bailaba aquí. Ella, la nueva estrella, la última reina de Cannes. —Hizo una mueca—. No conocía este aspecto de sus habilidades.

—¡Oh, bailaba a su manera! —explicó el barman, confidencial—. Si una chica es artista y está dotada de un físico como el suyo, destaca en todo. Incluso en lo más difícil: cazar marido.

—¿Sí? —dijo Sterling.

—¿No lo ha leído usted en el periódico, señor? Dicen que Micheline se ha fugado para casarse con el millonario tejano que andaba siempre con ella. En confianza, los millones de su marido le serán útiles para indemnizar al empresario por haber dejado el contrato incumplido...

—¿Se marchó sin avisar?

—Sin una palabra. Ése es el lado malo de las muchachas con temperamento.

Sterling preguntó distraídamente:

—¿Con quién ha dicho que hacía un número?

—Con Anouk Cordy. La verá y oirá usted dentro de unos momentos, cuando empiece el espectáculo. Algo serio cantando, señor. Un regalo para el oído, pero también para la vista.

El barman tenía razón: un doble regalo.

Olfateando pensativo su vaso de *whisky*, Sterling vio y escuchó a Anouk Cordy cuando en la pista cesó el baile para dar paso al espectáculo. Rubia. Detonante.

Su escote y sus piernas, aparte su modo de decir las canciones, debían sin duda despertar el orgullo nacional de los franceses.

En los no franceses despertaban otra cosa.

El resto del espectáculo era como todos los espectáculos de todos los *cabarets* de Montmartre.

Rubia. Anouk Cordy. ¿Una pantera devoradora de hombres? Sterling pensó que calificarla así hubiera sido llevar el entusiasmo demasiado lejos. Sobre todo si quien la calificaba tenía a su lado a Micheline Lessou.

Suspiró.

—¿Estaba en Viena hace dos meses? —preguntó al barman—. Me parece haberla visto allí. ¿Sabe si actuaba en Viena hace dos meses?

—¿Anouk?

—Sí.

—Lleva cuatro meses consecutivos con nosotros, señor.

No estaba en Viena.

Sterling tomó una tarjeta y escribió:

«Sería un placer tomar con usted unas copas y hablar del viaje de Micheline».

La entregó al barman envuelta en un billete.

—Usted puede hacerla llegar a sus manos. Parece hombre de recursos.

Era hombre de recursos.

Diez minutos después, en una mesa, ante una botella de champaña, Sterling se ponía en pie para recibir a la rubia que acudía a su encuentro con paso ondulante. Deliciosa. Una carga de pólvora empaquetada con tentadora elegancia. Unos ojos claros que miraban de frente sin por ello traicionar el último secreto que toda mujer debe poseer para ser realmente atractiva.

—¿Sterling Walsh?

—Yo mismo. Ha sido usted verdaderamente amable aceptando mi invitación.

Anouk le examinaba titubeando. Volvió una vez la cabeza. Luego extendió la mano y tocó la botella de champaña con la punta de los dedos.

—Lo siento. No he aceptado su invitación, señor Walsh; temo

que haya habido una mala interpretación en esto. Pero ha dicho usted que quiere hablarme del viaje de Micheline...

—Siéntese, por favor. No pretenderá que me beba la botella de champaña yo solo.

La mujer no se sentó. Por alguna razón, observó él, estaba preocupada.

—No puedo ahora, de verdad. ¿Tiene usted algo concreto que decirme?

—Con calma, sí.

—Si la mención de Micheline ha sido un pretexto...

—Está bien —dijo Sterling, impaciente—. Yo no sabía que ella actuara aquí; acabo de enterarme, y también de que ustedes hacían un número juntas. ¿Cómo fue?

—Micheline y yo somos viejas amigas. Están lanzándola, va a convertirse en una gran estrella; la presentaron en el Festival de Cannes a bombo y platillo, y el estreno de su película será un acontecimiento. Surgió la idea de una serie de actuaciones personales en un *cabaret*. Vino aquí, donde trabajaba yo. Es cierto que hemos hecho un número juntas, yo cantando y ella bailando. ¿Quiere saber algo más?

Sterling trató de imaginar el número. Un dúo Micheline-Anouk. Recomendado especialmente para los estados de abatimiento y depresión, sin duda. Cura de urgencia para inapetentes, anémicos y seniles.

—Quiero saber la razón de que ella se haya marchado dejando el contrato incumplido.

—¿Quién demonios es usted?

—Un amigo de Gerry.

Anouk enarcó las cejas.

—¿Ah, sí? Bueno, si lee periódicos ya sabrá...

—No.

La mujer volvió a mirar atrás. Sterling trató de averiguar a dónde, o a quién, pero la mirada había sido demasiado rápida.

—¿Usted no cree tampoco que se hayan fugado para casarse? —preguntó ella.

—¿Tampoco? ¿Es que usted no lo cree?

—¿No podríamos hablar de esto otro rato?

—Nos ocupará sólo unos minutos. Beba una copa, por favor.

Anouk movió negativamente la cabeza.

—Yo no creo que Micheline se haya fugado con Gerry, o por lo menos no en el sentido en que todos lo dicen —declaró con apresuramiento—. Su marcha fue muy rara, señor Walsh... Como si la tierra, de pronto, se la hubiera tragado. ¿Usted sabe algo de la otra mujer?

Sterling se inclinó hacia adelante.

—¿Qué otra mujer? No, yo no sé nada. Estaba en Hamburgo, llevaba algún tiempo sin ver a Gerry; he regresado esta tarde a París y no les encuentro a él ni a Micheline por ninguna parte.

—Pues había otra mujer. Micheline tenía celos, se ponía furiosa. Cuando Gerry se marchó sin despedirse, y ella detrás enseguida, pensé si no habría salido en su persecución... ¡Pero no para casarse! ¡Seguro!

—¿Dice que Gerry se marchó primero? ¿No se fueron juntos?

—Gerry dejó de venir la última noche que Micheline actuó. Ella le esperaba, se le desquiciaron los nervios esperándole. Ni una palabra de disculpa por parte de él, ¿entiende? ¡Oh, ustedes, los hombres! Resolví intervenir, llamé a casa de Gerry y no contestó nadie. Micheline, terminado el espectáculo se marchó hecha una furia. Desde entonces no he vuelto a saber de ella.

—¿Esa otra mujer era también rubia?

Anouk entornó los párpados.

—¿Usted conoce íntimamente a Gerry, señor Walsh?

—Sí. Pero le pregunto...

—Ya sé. Mire, le propongo un trato. Vivo en la Avenida Junot, número veintidós. Vaya a mi casa más tarde, digamos sobre las dos o dos y media. Si realmente quiere encontrar a Gerry y Micheline es posible que pueda ayudarle. Pero no ahora, se lo suplico. No ahora.

Él alzó los hombros con resignación.

—Conforme. ¿Es celoso?

—¿Quién?

—Quien sea. El hombre por el cual no se sienta usted a tomar unas copas conmigo.

—Quizá —dijo ella.

Saludó con una inclinación, sonriendo vagamente, y dio media vuelta para alejarse. Circumspecta. Remota.

Veintidós, Avenida Junot, de dos a dos y media. Sterling sonrió.

Si el hombre era verdaderamente celoso, la cita y la hora de la cita tenían su miga.

Bebió una copa de champaña cuando Anouk hubo desaparecido.

—Pudo usted avisarme —le dijo más tarde al barman.

—¿Avisarle, señor?

—Avisarme de que alguien gobierna a Anouk Cordy con riendas muy cortas. ¿Su marido, acaso?

El barman sonrió amablemente.

—La noticia es nueva para mí, señor. Los admiradores pululan en torno a ella, pero ignoraba que ninguno se hubiera adjudicado sobre su persona el menor derecho. ¿Es la propia Anouk quien se lo ha dicho?

—Lo he deducido de su actitud.

—Lo siento, señor. —El barman levantó Un vaso de cóctel y lo miró al trasluz—. No haga de esas cosas mucho caso. Las muchachas con temperamento son a veces tan raras...

Tan raras.

Preocupadas, como Anouk. O asustadas.

¿Asustadas?

* * *

¡Tan raras!

De las mujeres como Anouk Cordy se acuerda uno sin esfuerzo durante mucho tiempo; piensa en ellas sin querer, las ve en sueños cuando no puede verlas en la realidad. Son mujeres que quedan.

Sterling encendió un cigarrillo ante el número veintidós de la Avenida Junot, una bella casa de muros patinados por la humedad de Montmartre, entre graciosas villas y estudios de pintores. La puerta de la calle estaba abierta. De acuerdo con las indicaciones de los buzones, en la planta baja tenía su consultorio un dentista apellidado Viviani; en el primer piso había una agencia de espectáculos; en el segundo vivía Anouk Cordy.

Una escalera cuidada, limpia, donde los pasos resonaban produciendo sorprendentes ecos y una sensación de vacío, de abandono; falsa, naturalmente.

En el segundo piso encontró Sterling una puerta a la que había sido fijada una tarjeta impresa con finos y elegantes caracteres:

«Anouk Cordy».

Fantástico. Un apartamentito en lo alto de Montmartre en una casa impregnada de romanticismo. Miles de muchachas de todo el mundo soñaban con aquello. Y con lo que aquello llevaba agregado.

Llamo, y la puerta cedió. Estaba solamente entornada.

Sterling entró.

Una pequeña antecámara cuadrada, amueblada con gusto, iluminada por una lámpara con pantalla de color salmón. Otra puerta. Una habitación grande, muy femenina, donde un manojo de rosas colocado en un jarro sobre una mesa de nogal expandía un aroma exquisito. Una tercera puerta, a la derecha, entreabierta, dejaba pasar un haz de luz.

—¡Señorita Cordy! —llamó Sterling—. ¡Anouk!

No obtuvo respuesta.

No la obtuvo hasta haber llegado a la puerta de la derecha, y aún fue una respuesta sin palabras.

Anouk estaba tendida sobre el lecho. La habían sorprendido, al parecer, cuando se mudaba de ropa. Un tiro por la espalda, un balazo en el corazón; con una pistola provista de silenciador, sin duda o el estampido hubiera poco menos que echado la casa abajo en el delicado silencio de la noche.

Sterling avanzó sintiéndose profundamente disgustado. Las sábanas, el cobertor de encaje, la almohada, todo estaba machucado y arrugado, como si la muchacha lo hubiera estrujado entre sus manos en la agonía. Tomó en la suya la mano inmóvil. La halló caliente todavía, y por un instante tuvo la esperanza de que Anouk conservara un rastro de vida. No. Apoyó la oreja en su pecho y comprobó que el corazón no latía ya. Fue a coger un espejo del tocador y lo colocó ante su boca. Nada.

Nada.

Abandonando el dormitorio, inició una sistemática visita al apartamento. Cuarto de baño, cocina, otro dormitorio, evidentemente fuera de uso, y la sala de estar que olía a rosas. Nada, nada, nada.

Anouk Cordy no conservaba cartas, no guardaba los pequeños recuerdos materiales a que son dadas algunas mujeres. Unas pocas facturas. Unos cuantos libros y un montón de revistas gráficas para definir sus gustos. Una discoteca surtida. Una mesilla cubierta de

partituras musicales.

Sterling terminó su recorrido y regresó al dormitorio para cubrir con un pañuelo el rostro exangüe del cadáver. En pie junto al lecho, con los brazos en jarras, contempló por un momento lo que quedaba de aquella criatura turbadoramente viva, de aquella rubia detonante a la que por primera vez había visto y oído no mucho tiempo antes en la pista de «La Coquille d'Or».

—Lo siento, nena —dijo a media voz—. Me confié demasiado: olvidé que la blandura con las mujeres se paga cara. Pero algún día arreglaremos esto, descuida. Adiós.

Salió del cuarto y se marchó a casa.

CAPÍTULO III

Sonó el teléfono.

Sterling dio la vuelta entre las sábanas y miró el reloj antes de descolgar el aparato. Las diez y media.

A aquella hora sólo podía llamarle Denis Hoche.

Descolgó. Dijo:

—Los restantes contratos no llegarán nunca, así que déjame dormir en paz. Si quieres saberlo, no interesaban. Nuestra agencia puede ya permitirse el lujo de elegir. Y si hubieras estudiado con la misma atención que yo esas operaciones, habrías advertido...

—Ven inmediatamente.

No era la voz de Denis, sino la imperativa y militar de Tío Joe.

—Discúlpeme. Le tomé a usted...

—Prescinde de disculpas y ven a mi casa enseguida.

Nada más.

Sterling saltó de la cama, se dio una pasada con la afeitadora, tomó una ducha, y antes de vestirse llamó al garaje donde durante su ausencia había estado guardado su coche.

—Iré a buscarlo dentro de media hora. Tenedlo a punto.

—¿Ya de regreso, señor Walsh?

—En pleno vuelo todavía.

Traje de estambre gris, camisa blanca, corbata de seda azul oscuro, zapatos negros: un traje apropiado para cualquier hora del día. Un toque personal al pañuelo de bolsillo.

Sterling respiró profundamente. Se sentía en plena forma cuando bajó a desayunar a «Chez Pauline», y la mirada soñadora de la camarera le confirmó lo exacto de la impresión que a sí mismo se había producido.

Minutos después conducía su «Mercedes» descapotable bajo el

sol primaveral en dirección a Boulogne, donde vivía Tío Joe. Bonito lugar, y linda choza la suya. Una aristocrática villa de estilo francés, con un jardín versallesco, rebosante de flores. La residencia ideal para un hombre de negocios americano, retirado, millonario y enamorado de Europa. Aunque diera no sé qué pensar en Tío Joe como hombre de negocios retirado...

Una linda doncella uniformada abrió la puerta.

—El señor le espera, señor Walsh.

Tío Joe estaba, como la noche anterior, en su estudio; ahora con la ventana abierta, aspirando el aire embalsamado, contemplando sus lozanos macizos de petunios. Bucólico.

Pero su rostro nada tenía de bucólico.

—Hermosa mañana —dijo Sterling—. Celebro que me haya hecho usted venir: pasar por el Bosque ha sido un placer.

—Supongo que habrá sido saborear placeres lo que te ha retrasado tanto —replicó Tío Joe, desabridamente. Se apartó de la ventana, abrió la misma gaveta que la víspera, sacó asimismo una hoja de papel y la colocó ante Sterling—. Lee esto.

Esta vez la hoja no ostentaba membrete de ninguna especie. Su texto había sido escrito con una máquina eléctrica de elegantes y regulares caracteres:

«Distinguido señor: Nos complacemos en comunicarle que su amigo Gerald Browne goza de excelente salud y siente grandes deseos de volver a verle. Desdichadamente, sus deseos no serán satisfechos sin un requisito previo: el pago de quinientos mil dólares (\$500 000)

en las condiciones que posteriormente se especificarán. Caso de que acepte usted esta interesante oferta, lo que no dudamos hará, sírvase publicar en “Le Figaro”, entre los días 10 y 15 del presente mes, un anuncio a nombre de la Compañía Naviera Sehultze. El texto de dicho anuncio es indiferente, con tal que figure el nombre en cuestión. Nos vemos precisados a advertirle, que si el día 15 no se ha producido su

aceptación, Gerald Browne será entregado al Servicio de Contraespionaje de la Alemania Oriental, que como usted sabe tiene con él una deuda pendiente, cuyo saldo mucho tememos sea la vida».

Sterling alzó la vista del papel.

—¿Estoy soñando?

—Despierta si es así. Me encuentro ante el problema más grave que se me ha planteado en veinte años.

—¡Pero usted acertó! ¡El caso es idéntico al de Kurt Donau!

—No es idéntico.

—Bien, la libertad de Donau fue valorada en cien mil pavos solamente. Por lo demás...

—No es idéntico —repitió Tío Joe con aspereza—. Existe una diferencia fundamental. Kurt Donau pertenecía al Servicio Secreto oficial, de modo que para una persona medianamente informada no resultaba imposible, aunque sí difícil, identificarle. Esa misma persona podía averiguar sin demasiado esfuerzo que el jefe de nuestro Servicio Secreto en Europa Oriental es Walter Quarry, y en consecuencia dirigirle a él la carta exigiendo rescate. Pero esta carta, ¡fíjate bien!, me ha sido dirigida a mí, a mi nombre, a mis señas. Ha llegado en el correo de esta mañana. La persona que la ha escrito sabe quién soy yo y en qué trabajo; sabe que soy vuestro jefe, concretamente el jefe de Gerry. ¿Puedes tú explicarme cómo sabe esto?

Sterling encendió un cigarrillo.

—Cuerno —murmuró.

Era cierto. Tío Joe, el hombre a quien él y sus compañeros llamaban Tío Joe, ocupaba una posición de absoluta independencia. No era un funcionario. No tenía contactos oficiales. Operaba con plena responsabilidad, utilizando a los hombres y mujeres que más le convenía: gente de todas las naciones, de todas las clases sociales; personas a quienes ninguna organización respaldaba, que podían morir a dos pasos de una Embajada norteamericana sin derecho a pedir que se les tendiera una mano. Exhéroes de la aviación o los ejércitos aliados durante la II Guerra Mundial, veteranos de Corea, criminales de guerra nazis, antiguos fascistas y resistentes italianos, fugitivos y agentes dobles de los países de allende el telón de acero,

desertores, hombres honrados, criminales, idealistas y codiciosos, todos tenían cabida si servían para la misión que se les asignaba.

A Tío Joe se le había señalado un fin; los medios corrían de su cuenta y ante nadie respondía de ellos mientras resultaran eficaces. Sus propios agentes ignoraban hasta dónde se extendían sus tentáculos y quiénes los integraban salvo aquellos elementos que operaban en las inmediaciones.

—¿Puedes explicarme algo más, Sterling? ¿Cómo sabe el autor de esta carta, no sólo que Gerry no es lo que aparenta ser, no sólo que es un agente mío, sino que el contraespionaje de la Alemania Oriental se halla interesado por él? ¡Infiernos! Gerry organizó y ejecutó el golpe contra los arsenales de Stettin el pasado verano, pero esto no lo sabemos arriba de cinco personas. Los propios agentes alemanes lo ignoran. Los hombres que colaboraron con él le conocían bajo la personalidad de Otto Georlitz. ¿Cómo es posible que alguien le haya identificado?

Sterling dijo súbitamente:

—No es el secuestro de Gerry lo que a usted le preocupa.

—¡Claro que no! Con reunir medio millón de dólares y entregarlo, asunto resuelto. En el caso de Gerry sé que él mismo repondrá después el dinero de su bolsillo; y la persona que le ha secuestrado lo sabe también, pues no en vano ha quintuplicado la tarifa que aplicó a Kurt Donau. Lo que me preocupa es estar a merced de un desconocido que sabe tanto acerca de mí y de mis hombres, sentirme vendido, burlado, impotente. La existencia de ese desconocido representa un peligro mortal para nosotros; significa que nunca más podremos dar un paso con la seguridad de que lo damos en secreto. Es nuestra ruina, Sterling. Intolerable.

Sterling fumaba y reflexionaba.

¿El problema más grave que se le había planteado a Tío Joe en veinte años? Muy posible. Él nunca había visto a aquel hombre frío y cerebral tan colérico, tan excitado; tan humano, en suma.

No pudo reprimir una sonrisa.

—En lo que respecta concretamente a Gerry, ¿piensa usted pagar el rescate?

—Si antes del día quince no ha variado la situación, sí.

—Pueden ocurrir dos cosas —dijo Sterling lentamente—: una, que paguemos el medio millón y Gerry no sea libertado; otra, que

efectivamente nos lo devuelvan, y que a través de las noticias que nos facilite logremos localizar a sus secuestradores. Me inclino a creer que será la primera la que ocurrirá. Esa gente cobrará el dinero, se burlarán de nosotros y nunca más volveremos a saber de Gerry.

Tío Joe tenía la mirada fija en el vacío.

—No —replicó.

—¿Cómo puede asegurarlo?



—He recibido esa carta a las ocho y media. A las nueve y media he hablado con el coronel Sylvester, del Intelligence Service británico. Hace tres meses desapareció en Port Said uno de los

mejores agentes que los ingleses tenían operando en la zona del Canal. Alguien, en carta anónima, ofreció entregarlo a cambio de cien mil dólares en moneda americana. El Intelligence Service creyó que se trataba de una argucia a la cual los captores recurrían para asegurarse de que, efectivamente, su prisionero era el espía que ellos imaginaban, de modo que optó por no contestar. Poco después aquel hombre era oscuramente liquidado por el contraespionaje egipcio.

Sterling escuchaba con atención.

—Es decir, otro caso Donau.

—Hace por estas fechas un mes —siguió diciendo Tío Joe—, una nueva baja se produjo entre los británicos, ahora en Grecia. Hubo la correspondiente carta. Cien mil dólares. Escarmentado, y ante el temor de que su hombre fuera entregado a los búlgaros, contra quienes había operado activamente, el Intelligence Service pagó. El agente fue devuelto con asombrosa puntualidad. No había sufrido el menor daño. No sabía nada. Suponía que había sido narcotizado, una noche, en Maroma. Despertó en una habitación subterránea iluminada por una bombilla eléctrica. Nunca vio a nadie. Cuando despertó por segunda vez estaba aquí, en París, en la Embajada británica, adonde sus compañeros le habían conducido después de encontrarle en el lugar indicado por los secuestradores.

—¿Cómo se llama ese hombre? —exclamo Sterling, asombrado.

—William Singer, si no recuerdo mal.

—¿Y ha sido incapaz de suministrar ningún dato? ¿Ni siquiera acerca del lugar donde estuvo, cautivo? ¡Vamos, diga usted que los ingleses callan lo que saben! ¡Es increíble! ¿Qué le daban de comer a ese Singer? ¿De qué marca era la bombilla eléctrica de su calabozo? ¿Cómo eran los muebles?

Tío Joe sacudió la cabeza.

—Singer afirma que la comida se componía exclusivamente de conservas, él cree que americanas, y de zumos de naranja y limón. La vajilla, según él, era de vidrio tensionado americano, y los cubiertos de acero inoxidable americano. La bombilla eléctrica era de fabricación norteamericana.

Hubo un breve silencio.

Sterling apagó su cigarrillo en un cenicero.

—Por lo menos son datos, aunque sean absurdos. Es de suponer

que ese tipo no fue transportado desde Grecia a los Estados Unidos y luego devuelto a Europa para ser entregado en París. Vino de Grecia a París, es lo único indiscutible; y no poco, teniendo en cuenta que hizo dormido el viaje.

—Hay otra cosa indiscutible —señaló Tío Joe—: Singer fue liberado apenas se pagó el rescate. Por ello estoy seguro de que volveremos a ver a Gerry.

—Me gustaría hablar con William Singer.

—Tú ocúpate de lo tuyo. Y entiéndeme bien, Sterling: voy a gestionar el rescate de Gerry por el camino que en esa carta me indican. Paralelamente, quiero cazar al autor de la carta sin poner la vida de Gerry en peligro. Métete esta idea en la moliera, porque sobre ella habrás de trabajar.

—La cosa no es tan simple.

—¿Qué quieres decir?

—En primer lugar, le recuerdo que Gerry no ha desaparecido solo.

Tío Joe movió la mano.

—Me tiene sin cuidado Micheline Lessou.

—Muy bien. Pero le conviene enterarse de que Micheline no desapareció con Gerry, sino después que él. Gerry ya había desaparecido la última noche que ella actuó en «La Coquille d'Or».

Parece ser que Micheline fue en su busca. Parece que sabía o sospechaba algo con respecto a su desaparición, a su precipitada marcha sin despedirse; sabía por lo menos, y de esto no cabe duda, que en el asunto andaba mezclada otra mujer.

—¿Qué hiciste anoche? —preguntó Tío Joe, súbitamente interesado.

Sterling preguntó a su vez:

—¿Ha hablado William Singer de alguna rubia?

—No.

—¿La mencionó el agente secuestrado en Alejandría?

—No. ¡Quiero saber lo que hiciste anoche!

—Conocí a una rubia deliciosa —dijo Sterling perezosamente—. Amiga de Micheline, quien, por cierto, había sido contratada para una serie de actuaciones en «La Coquille d'Or»

que alcanzaban éxito extraordinario. Pudo usted haberme informado de esto...

—Sigue.

—La rubia se llamaba Anouk Cordy. Sabía algo, la pobre.

—¿Sabía?

—Me citó en su casa a las dos de la madrugada. Fui. La encontré con un balazo en el corazón.

Ni un músculo se alteró en el rostro de Tío Joe.

—¿Qué más?

—Noté al hablar con ella en el *cabaret* que estaba preocupada, asustada quizá, y por algo o alguien que se hallaba próximo a nosotros, pero no me pareció que la cosa hubiera de llegar a tales extremos. Una pena de mujer, se lo aseguro.

—¿Qué más?

—Eso fue todo. Pero me ocuparé ampliamente de Anouk Cordy, palabra. Alguien estaba con ella, alguien a quien no agradaba que ella conversara conmigo; alguien de quien Anouk sentía temor. En «La Coquille d'Or»

pueden conseguirse todavía informes importantes.

—Denis Hoche los conseguirá. Cuéntale lo que ha pasado.

—¿Por qué no yo?

Tío Joe retrocedió hacia la ventana. Sacó del bolsillo una pipa y sin cargarla, se la puso entre los dientes.

—Tú eres mi arma de represalia. Deja que los demás hagan el trabajo de investigación.

Sterling le miraba con el entrecejo fruncido.

—Muy bien. ¿Qué planes tiene para mí?

—Te los comunicaré en el momento oportuno. Si esa muchacha del *cabaret* fue asesinada y tú te habías puesto en evidencia con ella, bajo ningún concepto quiero que vuelvas a meter allí las narices. — Los labios de Tío Joe dibujaron una desagradable sonrisa—. Sería un fastidio tener que reemplazarte, hijo. Tengo idea de que alguna que otra vez me has sido relativamente útil.

—Usted me adula —replicó Sterling con sarcasmo—. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Las que juzgues necesarias.

—¿Tiene usted entre sus agentes a una pantera rubia devoradora

de hombres? ¿La tuvo en el pasado?

—He pensado en ello —asintió Tío Joe con la pipa en la boca—. Una traición. Una pantera de mi propia camada, que estaría en condiciones, de saber lo que el autor de la carta sabe... Gracias por la sugerencia, de todos modos.

La pregunta había quedado sin respuesta. Sterling conocía a Tío Joe lo suficiente para saber que no la había dejado sin respuesta por casualidad.

Se abstuvo de insistir.

—Como sugerencia —dijo—, puedo hacerle otra todavía. Ese agente británico ha hablado de conservas americanas, vajilla y cubiertos americanos, una bombilla eléctrica americana... Bien, esta carta ha sido escrita con una máquina americana. —Sterling tocó con las yemas de los dedos el mensaje que Tío Joe le había mostrado—. Conozco los tipos. Puedo incluso decir el modelo y la marca.

—Yo también —respondió tranquilamente Tío Joe.

CAPÍTULO IV

Denis Hoche no demostró excesivo entusiasmo. Nunca lo demostraba.

—Anouk Cordy, una rubia que actuaba en «La Coquille d'Or»,

vieja amiga de Micheline Lessou, con la cual interpretaba un número de canto y baile —dijo, marcando con los dedos de la mano izquierda los sucesivos puntos—. ¿Sabe la policía que ha sido asesinada?

—Es posible. Ignoro si la noticia se ha difundido ya.

—Bueno, veré. —Denis se levantó para marcharse y miró en torno como asegurándose de que no olvidaba nada. Era el hombre más meticuloso que Sterling conociera en su vida—. De todos modos, si es un asunto de *cabaret* no tendré hasta esta noche informes concretos. ¿Te encontraré aquí?

—Cualquiera sabe.

—Fijemos una hora y un lugar. Yo no trabajo de esa manera.

—A las doce en el bar del «Sabine».

—¡*Cabarets*, bares, hoteles! —se lamentó el francés—. No entiendo tu vida, Sterling. Moriré de viejo sin haberla entendido. ¡Oh!, si te sobra un rato, recuerda que en la oficina está la carpeta de *Kessler Insurances*. La última carta de Harry Kessler era apremiante. Nos ofrecieron un paquete de tres millones y no les hemos contestado todavía.

Sterling bostezó.

—Lo única que necesitas para contestarles es una mecanógrafa. ¿Un *whisky* antes de marcharte?

—¡Alcohol! Conocí a un tipo llamado Goujon que murió de cirrosis.

Denis Hoche abandonó el apartamento.

Sterling pensó en el tipo llamado Goujon mientras se escanciaba un *whisky*, y añadió un dedo más de licor a la dosis normal en su memoria. Salió a almorzar cuando lo hubo bebido.

Un hombre se acercó a su mesa en «Chez Pauline» momentos después de que la camarera le hubiera servido el filete *á la broche*. Un hombre que sonreía exhibiendo una dentadura demasiado blanca y perfecta para ser natural.

—Usted me conoce —dijo.

Sterling le miró y asintió. Metro sesenta escaso de estatura, cabello rizado, bigotillo, corbata escocesa, traje cruzado de franela, zapatos de ante color castaño. Un ligero perfume de lavanda.

—Capitán Renoir, del *Deuxième Bureau*. ¿Quiere sentarse?

—Sólo un momento.

—¿Tomará algo?

—Acepto una copa de vino. —Renoir se sentó y tiró cuidadosamente de sus pantalones—. Tengo que hablarle. Cuestión de trámite, señor Walsh.

Sterling pidió a la camarera una copa.

—¿Alguna irregularidad?

—Ordene —dijo el francés. Sonrió a la camarera,

7 él

mismo se sirvió vino de la botella de Sterling—. Una pequeña historia para amenizarle el almuerzo. La triste historia de Mohamed Kassim, un buen agente que hasta fecha reciente tuvo el Servicio de Information del Estado Mayor de nuestras tropas en Argelia operando en territorio rebelde. —Renoir cerró los ojos para aspirar el aroma del vino antes de beberlo—. De regreso de una arriesgada misión, Kassim gozaba de un descanso en Niza cuando desapareció de manera inexplicable. Poco después se recibió en el *Deuxième Bureau* una sorprendente carta anónima. Alguien tenía la desfachatez de pedirnos cien mil dólares en moneda americana como rescate de nuestro agente, amenazando con entregar a éste a los rebeldes si el dinero no era pagado en plazo fijo. ¡Cien mil dólares, señor Walsh! ¡Cincuenta millones de francos en números redondos! Como si el *Deuxième Bureau* fuera el Banco de Francia...

Sterling había dejado de comer. Adivinaba desde el comienzo cuál sería el desenlace de la historia, pero no por ello ésta le

causaba menos asombro.

—Ustedes no pagaron el rescate —aventuró.

—No, señor Walsh. Organizamos una gigantesca redada de argelinos, una de tantas, pero no pagamos el rescate. A los diez o doce días, el cadáver bárbaramente mutilado de Mohamed Kassim fue encontrado por una patrulla de la Legión en el Yebel Aurés. Había sido trasladado desde Niza al corazón de Argelia sin que nadie sepa cómo. —El capitán se inclinó sobre la mesa para examinar con aire experto el plato que tenía delante Sterling—. El aspecto de ese filete suyo, señor Walsh, es delicioso. Buena cocina la de Pauline.

—Excelente —dijo el americano—. ¿Por qué me ha contado usted eso?

—Por la única razón de que mis jefes me han ordenado que lo hiciera. Me ha sido sugerido que le encontraría aquí almorzando. Lamentaría infinitamente haberle quitado el apetito por cumplir con mi deber.

Sterling pensó que la orden procedía, por un camino u otro, de Tío Joe. Pensó que el agente argelino era el número cinco de la desconcertante lista: los dos ingleses, Kurt Donau, Gerry y el propio Kassim. ¡Cielos! No se trataba de un caso aislado, ni siquiera de una acción dirigida contra los servicios oficiales y extraoficiales del espionaje americano, sino de un negocio montado en gran escala. Los hombres desaparecían en lugares tan dispares como Egipto, Grecia, Austria y Francia, y su desaparición no se producía exclusivamente en beneficio de las organizaciones de contraespionaje de Europa oriental, como los secuestros de Donau y Gerry hubieran podido dar a entender. En uno de los casos la víctima había sido entregada a los egipcios, en otro a los guerrilleros de Argelia; y en cada caso lo era o debía serlo precisamente a quienes más interesados se hallaban en su captura.

¿Quién manejaba los hilos de aquella formidable trama? ¿Quién conocía tan al dedillo las interioridades de los servicios secretos americanos, francés e inglés? ¿Quién sabía que a Gerry ansiaban echarle mano los agentes de la República Democrática Alemana, a William Singer los búlgaros y a Mohamed Kassim el Frente de Liberación Nacional Argelino?

¿Quién se atrevía a jugar aquella colosal partida contra las

fuerzas más peligrosas de tres países? ¡A cambio de unos centenares de miles de dólares! ¿En qué mente había surgido aquella idea fantástica?

El capitán Renoir bebía plácidamente su vino.

Sterling se pasó una mano por la frente y preguntó:

—¿Estuvo mezclada por casualidad en la desaparición de su agente una mujer rubia?

—Pudo haberla.

—¿Quién era?

—No ha sido identificada.

—¿Pero existió?

Renoir sonrió y apuntó al americano con el dedo.

—Esas preguntas demuestran que mi triste historia le ha interesado de verdad, lo cual celebro. Lo único que sabemos, desdichadamente, es que a Mohamed Kassim se le vio en dos ocasiones, ambas de noche, con una dama rubia, bella y distinguida, según dicen. Se le vio también con otras, entiéndalo. Estaba de vacaciones, y el hecho no hubiera tenido la menor importancia. Pero se dio la circunstancia de que al reconstruir sus pasos en Niza conseguimos localizar, identificar e interrogar a las mujeres con quienes se había más o menos relacionado, salvo una excepción. Esta excepción es la dama rubia; y prescindiendo del hecho de que no la hayamos encontrado, nada induce a sospechar de ella.

—Comprendo. ¿Qué clase de hombre era Mohamed Kassim?

—¿Para las mujeres?

—Por ejemplo.

—Un tipo fuera de serie. Un príncipe árabe arrancado directamente de «Las Mil y Una Noches»; de la versión inexpurgada, si lo quiere con mayor precisión.

—Lo cual significa que, en este terreno, sus vacaciones debieron de ser agitadas.

—Agitadísimas. —Renoir suspiró—. Toda su vida lo era, pobre muchacho. Y usted sabe, por lo demás, que las rubias están ahora de moda, que las encuentra uno en rebaño por todas partes. De cada cien, noventa valen apenas lo que han pagado por su correspondiente botella de tinte capilar.

—Sé todo eso —asintió Sterling.

No estaba pensando en tintes capilares. Estaba pensando en una pantera rubia devoradora de hombres: dos ingleses, un francoargelino, dos americanos. Donau, Kassim y Gerry se habían relacionado con ella de un modo u otro. Los dos primeros se llevaron el secreto de la mujer a la tumba, pero Gerry vivía. ¿Qué revelaciones haría cuando fuera liberado?

¿O no haría ninguna? Si la pista de la pantera rubia conducía a alguna parte, ¿habría quedado sin borrar? Si Gerry sabía de la mujer algo que la comprometiera realmente, ¿sería devuelto con vida?

Renoir apuró la copa de vino, echó su silla atrás y se levantó.

—Bien, señor Walsh, no quiero ser para usted una molestia. — Los blancos dientes postizos brillaban en amable sonrisa—. Están esperándome para almorzar. Buen provecho.

Sterling, absorto, saludó con la mano.

—Adiós y gracias.

Vio al francés alejarse.

El filete *á la broche*, frío, había perdido buena parte de sus encantos. Lo apartó de sí, llamó a la camarera y encargó una tortilla de champiñones.

* * *

No había llegado por correo, sino por intermedio de una agencia de repartos cuya estampilla se veía en el sobre; y éste no se encontraba en el buzón, sino que había sido deslizado por debajo de la puerta de su apartamento.

Sterling lo abrió.

Contenía dos invitaciones para la recepción de gala y presentación del film «Les bouffons»; estrella: Micheline Lessou. El acontecimiento tenía lugar aquella misma noche.

¿Sin Micheline?

Volvió a mirar el sobre. Estaba a su nombre. Mecanografiado.

¿Quién se lo enviaba?

Se adentró en el apartamento sacudiendo las invitaciones entre el índice y el pulgar, tomó el teléfono y llamó a Tío Joe.

—¿Es usted quien desea que asista esta noche al preestreno de la película de Micheline Lessou? —preguntó cuándo le tuvo al

aparato.

—¿Por qué?

—Acabo de encontrar en mi casa dos invitaciones.

—No soy yo quien te las ha enviado, si es eso lo que quieres saber. Pero, puesto que alguien quiere que vayas, ve. Nada se perderá, y puede haber sorpresas.

—¿Se refiere a la posible reaparición de Micheline?

—¿Quién sabe?

Tío Joe cortó.

Sterling permaneció un momento pensativo junto al teléfono. Luego marcó un nuevo número.

Una voz femenina:

—Diga.

—¿Es usted la doncella de la señorita Lessou? Soy Sterling Walsh, usted me recordará; un amigo del señor Browne. ¿La señorita Lessou ha regresado ya a París?

—No ha regresado, señor Walsh.

—¿Tiene usted noticias de ella?

—No, señor. No hay noticias.

—Pero la presentación de su película se efectuará esta noche. Los organizadores cuentan con su presencia, por supuesto.

—Señor, todo se hará según estaba anunciado, asista o no la señorita. Confían en que llegue a tiempo, en que a última hora nos de una sorpresa. Ella es... Bien, usted sabe que gusta de seguir sus impulsos...

—¿Usted la vio marcharse?

—Yo estaba acostada, señor; durmiendo. No me enteré. No me dijo nada, no me desperté, ni siquiera me dejó una nota. Ella misma debió de prepararse el equipaje. ¡Lo he contado ya tantas veces!

—¿Se llevó equipaje?

—Un maletín con lo más imprescindible. Pero usted, señor, como amigo del señorito Gerry...

—Yo estaba en el extranjero. Acabo de regresar y me entero de lo ocurrido.

—Lamento no poder informarle, señor.

Sterling depositó el aparato telefónico en su soporte.

¿Qué demonio había pasado aquella noche?

Gerry no acudió al *cabaret*, donde Micheline le esperaba; ésta se

enfureció, se abandonó según Anouk a un arrebató de celos, salió del local apresuradamente. ¿Fue a su casa? ¿Preparó el equipaje?

El testimonio era sólo indirecto. Y probablemente la última persona que la vio fue Anouk Cordy, quien, por cierto, estaba muerta.

Bien, ¿por qué estaba muerta Anouk? ¿Por qué razón la habían matado?

¡Las eternas preguntas! Los seres humanos alcanzarían la luna un día u otro, pero nunca salvarían la negra barrera de la muerte.

Sterling se echó al bolsillo las invitaciones, enderezó ante un espejo el nudo de su corbata y abandonó el apartamento.

Dos invitaciones.

Sonreía mientras conducía el «Mercedes» en dirección a Montparnasse. Tarde de primavera en París, con el aire fresco y estimulante como una inyección de vitaminas.

¿Qué había dicho el capitán Renoir? ¡Las rubias en rebaño!

Había en ello parte de verdad. Afortunadamente, porque el mejor antídoto contra una rubia era otra rubia...

Dejó el coche en el bulevar. A cuatro pasos de allí, en las primeras casas de una calle lateral, se veía la muestra de una librería de lance.

Sterling entró en el establecimiento. El librero, con las gafas en la frente, estaba enfrascado en el examen de un grueso volumen.

—¿Qué tal, Angiolini?

El hombre alzó la cabeza y se caló las gafas para mirarle.

—¿Sterling! ¿Todavía vivo?

—Así parece.

—¿Cómo anda el mundo, Jesús! La suerte está mal repartida. — El librero depositó el volumen sobre un mostrador y le quitó el polvo con la manga. Hablaba con fuerte acento italiano; tan fuerte que parecía fingido, aunque no lo era—. Pareces gozar de excelente salud, en efecto. Asombroso. Si uno piensa que una bala te despachará al infierno cualquier día...

—Puede no ser una bala —dijo Sterling. Anduvo hacia el fondo del local—. ¿Está Gina?

—Arriba, si quieres verla.

La trastienda, con el olor peculiar de los viejos papeles y de las viejas encuadernaciones en piel. Un tramo de escaleras. Arriba, un

bonito salón decorado con grabados admirables. Debajo de uno de éstos, Gina Angiolini.

Sterling se detuvo en la puerta y silbó.

Gina era alguien. La clase de mujer que uno tiene que mirar veinte, treinta, cincuenta veces antes de convencerse de que no está soñando. Una italiana, y una italiana rubia. Con ojos azules como el lago de Garda; con un enigma flotando en el azul, siempre el mismo, siempre indescifrable.

Gina exhalaba amor por la misma ley natural que hace que una rosa exhale perfume. ¡Extraordinaria criatura! Atraía como un imán, o acaso como una luz en la noche. Uno iba hacia ella de cabeza, uno naufragaba en el abismo de sus ojos. Y se ahogaba sin remedio. Porque con la misma mano que acariciaba sabía Gina hincar un estilete florentino de veinte centímetros de hoja y mango de oro labrado o apretar el gatillo de un 32 con cachas de madreperla. Era el agente femenino ideal; con tal que operase en el mismo bando que uno, naturalmente.

Alta, perfectamente moldeada en los lugares adecuados, dotada de un maravilloso instinto para vestir bien; hablaba tres idiomas con absoluto dominio: inglés, francés, italiano. En los dos primeros reservaba un delicioso acento meridional para aquéllos a quienes deseaba seducir; era la más inocente de sus artimañas.

En aquel momento estaba hundida en una butaca, con las piernas por encima del brazo de ésta, leyendo un libro que arrojó negligentemente al oír el silbido de Sterling. Su rostro se iluminó. Se puso en pie de un salto, corrió hacia él, le echó los brazos al cuello y le saludó con un beso ardiente.

—¡Sterling, mi sueño dorado! —exclamó—. ¡Por fin hay un oasis en el desierto de mi vida!

El americano le revolvió afectuosamente el cabello y la apartó de sí.

—¿Un solo oasis? —preguntó—. Supongo que los demás serán simples palmeras aisladas.

—¡Palmeras horribles, querido! Sarmentosas, abominables, de esas que proyectan una sombra envenenada...

—Eso no son palmeras, Gina.

Ella rompió a reír. Continuaba asiéndole de los brazos y mirándole al rostro.

—¿Has venido a discutir de Botánica?

—He venido a invitarte al cine esta noche.

—¡Sterling!

—Gala de preestreno, nena. Te digo la verdad. Gina entornó los párpados.

—Muy bien. ¿Qué debo llevar en el bolso? ¿Bastará con un cartucho de dinamita?

Sterling no sonreía.

—Ojalá lo supiera —respondió.

CAPÍTULO V

El taxi se detuvo justo al doblar la esquina, e instantes después Gina saltaba a la acera.

Verla le cortaba a uno la respiración. Llevaba un soberbio vestido de color marfil y una capa de visón que tumbaba de espaldas. Los zapatos de fino y altísimo tacón daban a sus piernas una gracia de ensueño.

Sterling se apeó del «Mercedes» para acercarse a ella. Un rostro exquisito que combinaba la belleza más clásica con la más cálida sensualidad se alzó hacia el suyo.

—Vámonos pronto —dijo él—. Si permanecemos aquí un minuto más provocaremos un tumulto. Gina, querida, ¿cómo he podido desperdiciar mi vida lejos de ti? Eres sin discusión la mujer más hermosa que he conocido.

La condujo hacia el coche.

—Sterling, me emocionas —declaró la joven cuando se hallaban ya en marcha—. He reflexionado mucho sobre lo que me pondría, ¿sabes? Quería hacerte honor. Quería demostrarte que es verdad, que pienso en ti con pasión, que nunca, nunca, por muchos tumbos que haya dado, nunca un hombre ha entrado en mi alma como has entrado tú. Sterling, cariño... Abrázame...

—Luego —dijo el americano—. Éstas son horas de trabajo. Más tarde vendrán las expansiones, si las hay.

—¡Sterling, te idolatro!

—Lo creo, nena. Estoy persuadido de ello. Yo soy uno de los cincuenta o sesenta ídolos masculinos a quienes has levantado altares en tu corazón. Me siento orgulloso.

Ella se colocó de costado en el asiento para verle bien. Un delicioso perfume se expandía cuando efectuaba el menor

movimiento.

—¿Por qué siempre has de mostrarte sarcástico en el momento menos oportuno?

—Porque eres, ya te lo he dicho, la mujer más hermosa que conozco.

—¿Y eso qué?

—Me defiendo. He presenciado demasiadas veces los destrozos que causa tu belleza.

La muchacha guardó silencio un instante. Miraba a Sterling con una expresión entre burlona y soñadora.

—¡Qué gallinas sois en el fondo algunos hombres! —dijo al fin. Y añadió—. De modo que estamos realmente en horas de trabajo. De modo que a tu mente retorcida sigue sin ocurrírsele llevar a una chica a una fiesta con el propósito normal y sencillo de que os divirtáis los dos.

—Quizá nos divirtamos a pesar de todo —replicó él.

Un gendarme había sido destacado especialmente para ordenar el aparcamiento de vehículos en la vecindad de la sala de proyecciones. Sterling buscó un hueco para dejar el suyo. Cuando entró en el local, con Gina del brazo, la película estaba a punto de comenzar.

Era de principio a fin un festival Micheline. Había sido pensada, escrita y rodada para exhibirla a ella. Si tenía otros méritos, éstos eran accesorios.

Al terminar sonaron aplausos.

—Hasta ahora sólo te has divertido tú —suspiró Gina cuando se encendieron las luces—. Tú y todos los hombres que hay aquí. Me gustaría saber lo que pensará el marido de esa mocosa cuando ella aparezca de esa manera en todas las pantallas del mundo.

—¿El marido?

En medio del murmullo de las conversaciones, los invitados pasaban lentamente de la sala de proyecciones a un salón contiguo. La mayoría de los presentes se conocían. Había intercambio de saludos, comentarios y bromas.

Sterling buscó con la mirada a Micheline Lessou.

Rubias, rubias, rubias, algunas de ellas famosas. Pero de Micheline ni rastro, y de Gerry menos.

Gina dijo:

—Leí que se había fugado para casarse con el hombre más rico de Tejas. Eso antes del estreno de la película, figúrate tú.

—No es el hombre más rico de Tejas. Es Gerry Browne.

La muchacha rió en silencio. Movi6 la cabeza afirmativamente.

—Tío Joe me ha llamado por teléfono.

—¿Qué quería? —preguntó Sterling, con sorpresa.

—Asegurarse de que ibas a traerme aquí.

—¡Asegurarse! Yo no le he dicho que pensara traerte; únicamente que había recibido dos invitaciones.

—Dos: el dato bastaba. Tío Joe te conoce bien.

En el salón estaban dispuestos un bufete y un bar. Un grupo compuesto por los productores de «Les bouffons», el director, el galán y la rubia —siempre rubias— que desempeñaba en la cinta el segundo papel atendía a los invitados y recibía las felicitaciones de éstos. Los reporteros se hallaban muy ocupados trabajando a presión para, como de costumbre, hincharse luego de comer y beber. Los críticos paseaban con el aire majestuoso de quienes se saben en posesión de la verdad. Los fotógrafos disparaban sus *flashes*. Las mujeres adoptaban actitudes estudiadas para que se viera que eran bonitas y que sus vestidos habían costado un riñón. Se notaba en el ambiente que alguien pronunciaría de un momento a otro un discurso.

Gina miraba con nostalgia hacia el bar.

—Bien, Sterling, ¿cuál es mi papel? ¿Qué pasará ahora?

—No lo sé; nada, quizá. Alguien, ignoro quién, y por una razón que también ignoro, ha querido que yo me encontrara presente. A esa persona corresponde la iniciativa. Esperemos.

—Podemos esperar con una copa, ¿no? No sé qué efecto te habrá producido a ti tanta dosis de Micheline Lessou, pero a mí me ha dado una sed de beduino.

El bar estaba ya muy concurrido; probablemente lo había estado desde bastante antes del término de la proyección. Era norma en casos semejantes que los elogios más cálidos procedieran, no de quienes habían visto la película, sino de los que habían preferido admirar el color del *whisky* o el champaña.

—Cielos, mi diosa personal —dijo alguien, en el momento en que Sterling chasqueaba los dedos para atraerse la atención del barman—. Cada hombre tiene en este mundo una diosa que

distribuye la ración de felicidad que le corresponde; y no se moleste, señor, si lo declaro en su presencia.

Era un individuo de mediana estatura, gordito, peinado con flequillo, que usaba gafas. Tenía la nariz grande y los ojos saltones. Estaba borracho; o lo parecía por lo menos.

Sterling le examinó con curiosidad.

—¿Por qué habría de molestarme?

—Porque acabo de reconocer a mi diosa en la señorita que le acompaña a usted. Soy Guy Delamare, jefe de publicidad. La víctima inocente de esta catástrofe.

El temido discurso se había producido. En el lugar más destacado del salón, rodeado de un nutrido e impaciente grupo, uno de los productores acababa de tomar la palabra levantando con gesto solemne un vaso de *whisky*.

Gina, que sonreía con ternura al llamado Delamare, preguntó:

—¿A qué catástrofe se refiere?

—A la ausencia de Micheline Lessou. Si en la gala de preestreno de una superproducción falta la estrella en la que se han invertido millones, un buen jefe de publicidad tiene que reinventarla o morir.

—O emborracharse —sugirió Sterling.

—Señor, lleva usted de pareja a la mujer más hermosa del mundo. Perdóneme si me pongo pesado con esto.

—Es mi prima Lisette —explicó el americano—. Vive en provincias y sueña con conocer a todo París. Las cosas del cine la chiflan.

—¿Realmente?

—La máxima ilusión de mi vida es verme en la pantalla —declaró Gina con calurosa espontaneidad.

Delamare pareció impresionado. Apuró de un trago su copa.

—Bien, si su primo me lo permite, puedo presentarle algunas personas que acaso conviertan su ilusión en realidad. Un ciego se daría cuenta de que usted ha nacido para la gloria y el triunfo.

—Se burla usted de mí —dijo la muchacha. Su candor provinciano le llegaba a uno al alma—. Es usted cruel con una pobre chica como yo.

—¿Quiere que le demuestre mi buena fe? No creerá que voy a engañar a mi diosa personal cuando tengo la buena suerte de encontrarla.

Gina dirigió a Sterling una mirada suplicante.

—Por mí no hay inconveniente —dijo éste—. Pero recuerda que tus padres me han hecho responsable de tu persona. Piensa en ellos, por favor; y en el pobre Tío Joe...

—Soy un caballero, señor —afirmó Delamare apoyándose una mano en el pecho—. De serlo provienen casi todas mis desdichas.

Con un vaso de *whisky* ante los labios presenció Sterling cómo Gina y el individuo se perdían entre la concurrencia. Él caminaba con paso ligeramente inseguro; ella, con la serenidad un poco ingenua de una auténtica diosa particular provinciana.

Terminó el discurso. Hubo aplausos.

El director de «Les buffons» tomó la palabra. El bar y el bufete estaban cada vez más concurridos.

Nuevos aplausos.

Sterling esperó pacientemente.

Momentos después vio reaparecer a Delamare, con un canapé de caviar en una mano y en la otra una dosis de coñac donde se hubiera ahogado un buey. Se las había ingeniado para quintuplicar en breve tiempo su borrachera.

La gente, en torno, hablaba de Micheline Lessou, de sus características anatómicas y de su enigmática conducta. Nadie semejaba haber relacionado su desaparición con el asesinato de su amiga Anouk Cordy.

Delamare dijo:

—Su prima es una criatura enloquecedora; se lo aseguro yo, que paso entre criaturas enloquecedoras la mayor parte de mi vida. Ha tenido la virtud de desconcertarme. —Engulló un trago de coñac y fijó en Sterling una turbia mirada—. Lo que yo quería era hablar con usted. Hablar... de negocios...

—¿Conmigo?

—Sí. Hay cierta cosa... Usted y yo... Pero temo que éste no sea el momento adecuado.

—Sospecho que se equivoca. Me sorprendería tener negocios en común con el jefe de publicidad de una productora cinematográfica. Soy agente de reaseguros internacionales.

Delamare rió. Un eructo le cortó la risa.

—Ya hablaremos de ello.

—¿Es usted quien me ha enviado las invitaciones para asistir a

esta mascarada?

—Enviar invitaciones es misión del jefe de publicidad. Pero no hay en el mundo mujeres como su prima... ¡Cáscaras! Siento como si no pudiera vivir un minuto sin ella. ¿Usted entiende esto?

Delamare saludó tocándose con el vaso la frente, y se alejó a lo largo del bar.

Los discursos habían terminado. La bebida empezaba a surtir efecto. La animación aumentaba. A muchas de las rubias se las veía reír.

Sterling continuó aguardando.

Cuando miró el reloj eran las doce y seis minutos.

Frunció el entrecejo. Desde las doce, Denis Hoche, la puntualidad en persona, estaría esperándole en el bar del «Hotel Sabine».

Dio una vuelta por el salón buscando a Gina y al francés, sin encontrarles. Inspeccionó los alrededores.

Una escalera. En la técnica de Gina solían jugar las escaleras importante papel.

Había una escalera, en efecto.

Allí les descubrió, sentados en un peldaño, con una botella de champaña y dos copas. Tosió al acercárseles.

—¡Oh, Sterling! —exclamó la muchacha con vehemencia—. No estarás buscándonos para que nos marchemos, ¿verdad? Guy es tan encantador...

Delamare se mostraba confuso. Había en el cuello de su camisa huellas de rojo.

Sterling titubeó.

—Yo sí que tengo que marcharme. —Le había bastado con mirar a Gina para percatarse de que ella se hacía cargo de la situación—. Naturalmente, si el señor Delamare se compromete a acompañarte a casa a una hora razonable, no tengo nada que objetar. Sólo volveré a pedirte...

—Mis padres y el pobre Tío Joe no se apartan un instante de mi mente —le interrumpió con dulzura la joven.

El francés hipó.

—Soy un caballero, señor. Un perfecto y desdichado caballero.

—Lo celebro —asintió el americano—. Hasta mañana, Lisette. Sé prudente. Buenas noches.

—Buenas noches, Sterling, encanto.

Sterling se marchó directamente a la calle.

Anduvo lentamente hacia su coche. Reflexionaba.

¿Guy Delamare? ¿Qué incógnita del problema se personificaba en aquel hombre gordito y de ojos saltones entusiasta del alcohol?

Gina se encargaría de averiguarlo. Gina estaba en su mejor forma. Intuitiva, aguda, audaz, activa y turbadoramente bella. La agente femenina ideal, siempre que uno la tuviera en su propio bando.

Sterling montó en el coche y puso rumbo al «Sabine».

Encontró a Denis enfurruñado ante una naranjada.

—Dijiste a las doce. Ésa fue la hora que dijiste: las doce.

—Supón que son las doce en punto —dijo cansadamente el americano—. Habla. Pero no para echarme en cara mis taras morales, por favor.

Denis Hoche sacó del bolsillo un cuaderno de notas. Lo abrió. Las páginas aparecían cubiertas de su letra diminuta, clara y regular.

—Es demasiado tarde para que me entretenga en preámbulos. Demasiado tarde ahora y demasiado tarde en tu vida. ¿Sabes algo de un tal Noel Jardon?

—Nunca oí ese nombre.

—Pues si él no mató a la chica la policía se las verá negras para averiguar quién fue. Jardon estaba con ella anoche. Es un abogado joven, soltero, buena posición, bien parecido, notable jugador de tenis y mimado por una larga lista de mujeres hermosas.

—¿Por qué la habría matado?

—Por nada. Pero Jardon salió con Anouk de «La Coquille d'Or»,

parece que la acompañó a casa en coche, y no puede demostrar que no subiera a su apartamento, que no la matase, o que no estuviera en el lugar del crimen al producirse éste. Vive solo. Nadie puede corroborar su afirmación de que se despidió de la muchacha a la puerta del domicilio de ella y regresó al suyo inmediatamente.

—¿Y puede alguien probar lo contrario?

—Por ahora no.

—¿Entonces?

—Anouk Cordy era demasiado joven para tener un pasado —

dijo Hoche encogiéndose de hombros—. En cuanto a su presente, está limpio. Procedía de una respetable familia de la clase media, y sus padres y una hermana suya viven en Lille. No se le conocían líos.

Hombres a su alrededor, a docenas; pero no se había ligado con ninguno en particular, y su vida era todo lo regular que puede esperarse en una cantante de *cabaret* que, hasta cierto punto, alcanza el éxito por méritos propios. Contactos con el hampa, cero. No hace mucho tiempo que vino a París e inició su carrera artística.

—¿La apadrinó alguien?

—No en el mal sentido. Acudió a Jean Labrouste, un agente de espectáculos solvente, y él la aconsejó, la orientó, consiguió sus primeros contratos y continuaba representándola. Labrouste es también el agente de Micheline Lessou. A él se debió la idea, después del lanzamiento de Micheline en Cannes, de que las dos muchachas actuaran algún tiempo juntas en «La Coquille d'Or».

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Cree que Micheline lo ha plantado todo para casarse con Gerry Browne. Está esperando a que reaparezca para reclamarle a Gerry una indemnización.

—¿Y del asesinato de Anouk?

—No se lo explica. Nadie se lo explica.

—¿Alguien ha relacionado el asesinato y la desaparición?

—No. Sin saber lo que era Gerry es imposible que alguien los relacione.

—Ese abogado, Jardon, ¿dices que estaba anoche con Anouk?

—Habían cenado juntos. Llegaron a «La Coquille d'Or»

con el tiempo justo de que la chica actuase. Él ocupó una mesa. Ella se le reunió después del espectáculo, tomaron una copa, bailaron un rato y se marcharon. No hubo en ello nada excepcional. Anouk había hecho lo mismo con otros hombres en múltiples ocasiones.

—Y Jardon no era distinto de esos otros.

—El afirma que sí —dijo Hoche, dubitativo—. Está deshecho. Asegura que se había enamorado, y enamorado en serio, y que tenía

esperanzas de que Anouk le correspondiera. Una cosa es cierta: ella no aceptó más que sus invitaciones durante los últimos cuatro días. Jardon la conocía hace solamente una semana.

Sterling pidió un *whisky* al barman.

¿Y bien?

Podía no ser temor, sino únicamente un sentimiento de lealtad, una atención normal hacia el hombre que por aquella noche se había constituido en su pareja, lo que indujo a Anouk a aplazar su conversación con él. Completamente normal. A Sterling, en realidad, la muchacha le había parecido preocupada, no asustada.

Normal.

¿O no?

—Ocupate de Noel Jardon —dijo súbitamente.

El barman sirvió el *whisky*.

—Pero Jardon es un hombre de excelente reputación —objetó Hoche—. Un abogado conocido, secretario de tres o cuatro sociedades, especialista en cuestiones fiscales. No existen en su vida ambigüedades ni misterios. No es un delincuente. No es un tarado mental, sino una persona tranquila, inteligente y sensato. Carecía por completo de motivo para cometer el asesinato.

—Precisamente, Denis. —Sterling examinó el *whisky* al trasluz—. Si había que vigilar a Anouk Cordy, si había que eliminarla llegado el caso, ese tipo es la persona por encima de toda sospecha a quien se hubiera encomendado la tarea. Entre otras razones porque le han mimado una larga lista de mujeres hermosas.

Denis Hoche miró fijamente a su interlocutor.

—¿Hasta qué extremo debo ocuparme de él?

—Hasta el último extremo.

El francés suspiró.

—Descuida.

CAPÍTULO VI

Las dos y veinte minutos de la madrugada.

Sterling estaba en pie en el centro de su apartamento, las manos en los bolsillos, un cigarrillo entre los labios. Cada pocos minutos lanzaba una ceñuda mirada al reloj.

A las dos y veinte sonó el teléfono.

—Sterling. —Era Gina—. Sterling, tesoro.

Él relajó la tensión de su cuerpo. Respiró profundamente.

—No imaginaba que los encantos de Guy Delamare te absorbiesen de esa manera —dijo—. Bien, ¿qué ha pasado?

—No estés celoso, querido.

—¡Celoso!

—Sí. No hay motivo, Sterling, de verdad. El pobre Guy ha abandonado ya este valle de lágrimas.

—¿Muerto?

—Sí.

—Gina, yo no pretendía...

—Ya sé, ya sé. Ha sido un accidente. Por favor, encanto, ven a buscarme o saldrá el sol antes de que pueda regresar a París.

—¿Dónde estás?

—En un albergue de la Nacional siete, cerca de Fontainebleau. A la derecha de la carretera. No en el albergue mismo, sino en una cabina telefónica exterior, junto a una estación de gasolina. Hay unos árboles detrás de la cabina: me encontrarás allí; no quiero que nadie me vea.

—¿Cómo se llama el albergue?

—Creo que «Au Lapin Boiteux». Date prisa, cariño.

—Allá voy.

Así eran con Gina las cosas. Uno la dejaba a las doce flirteando

en los peldaños de una escalera —su escenario favorito— con el jefe de publicidad de una productora cinematográfica, a quien acababa de conocer, y dos horas después el jefe de publicidad había muerto y Gina se encontraba en Fontainebleau procurando que nadie la viese.

Sterling pensó en ello mientras conducía su «Mercedes» a través de París en busca de la Nacional siete. Era inútil preguntarse lo que habría ocurrido. Lo más disparatado, lo más romántico, lo más inverosímil.

Porque así eran con Gina las cosas.

Pisó a fondo el acelerador al abandonar la ciudad y hallarse en la carretera libre, y algún tiempo después descubrió a la derecha el primer rótulo indicador de que le faltaban cinco kilómetros para llegar al «Lapin Boiteux». Corbeil había ya quedado atrás. Fontainebleau estaba cerca.

En la estación de gasolina brillaban únicamente las luces del servicio nocturno. En el albergue, la muestra fluorescente y un farol en la puerta de entrada.

Sterling detuvo el coche más allá. Se apeó, dio un rodeo; localizó la cabina telefónica y el grupo de árboles detrás de ésta.

Gina surgió de la oscuridad y se arrojó en sus brazos.

La apartó de sí con esfuerzo, transcurrido un instante.

Entonces observó que Gina estaba despeinada, que tenía un rasguño en la mejilla y un desgarrón en su elegante vestido. Su capa de visón aparecía sucia de polvo.

Ella le miró con ternura.

—Sterling, poco ha faltado para que nunca volviéramos a vemos; cada vez que lo pienso te quiero más. Por favor, llévame a París enseguida, a un lugar donde pueda tomar una copa...

—Puedes tomarla en el albergue.

—¡No, aquí no!

—Muy bien. No pierdas los nervios.

Sterling tomó a la muchacha del brazo y la condujo hacia el coche. Gina caminaba con aplomo, alta la cabeza, pero no sonreía y se notaba en su cuerpo un ligero temblor. Cuando llegaron al vehículo se dejó caer en el asiento delantero con un gemido de cansancio.

—Un cigarrillo... ¿Tienes un cigarrillo?

El coche rodaba lentamente en dirección a París. Sterling sacó su encendedor y su paquete de tabaco y los depositó en el regazo de la joven.

—¿Dónde está Delamare?

—No lo sé. —Ella encendió un cigarrillo y aspiró las primeras bocanadas de humo con avidez—. En un hospital, o en un depósito de cadáveres. Se lo ha llevado una ambulancia de la policía.

—¿Puedo saber ya lo que ha pasado?

—No te enfades, cariño.

—¡Infierno!

—De veras, no te enfades, Sterling. Delamare se ha roto el cuello estrellando su coche contra un árbol un par de kilómetros más allá del albergue. No sé cómo no me he matado yo también, no me explico que haya salido ilesa. Él estaba borracho perdido, pero no he podido impedir que condujese. No he podido. Hubiera sido cuestión de pelearse en medio de la calle.

—Gina —dijo él entre dientes— ese hombre era precioso para mí. Quería hablarme, me envió las invitaciones para la fiesta con el propósito de establecer contacto conmigo. Es posible que nuestro porvenir dependiera de él, y también la vida de Gerry Browne. Ahora se ha estropeado todo. Espera a oír lo que sobre esto dirá Tío Joe.

—Son cosas que pasan, Sterling.

—No en nuestro oficio. Has trabajado conmigo lo suficiente para saber que no tolero distracciones de esa clase. Dejé a Delamare en tus manos confiando en que le tirases de la lengua, no en que le cerrases para siempre la boca.

—Sí, querido —replicó humildemente la muchacha.

—¡No digas que sí! ¿Qué ha ocurrido después de haberme marchado yo de la fiesta?

Gina fumaba mirando al frente, a través del parabrisas.

—Guy se entusiasmaba por momentos —explicó—. Ya sé, tesoro, ya sé que tú querías que le tirase de la lengua; no soy tonta. Estaba maduro. Me ha hablado de su casita de campo en Fontainebleau, de sus cuadros, de sus discos, de su instalación de hi-fi.

Los clásicos preparativos. Luego me ha propuesto ir allá para seguir charlando con tranquilidad, descorchar una botella y escuchar

buena música. La clásica proposición, en el clásico tono de amistosa inocencia. He aceptado con cándida alegría, por supuesto. Nos hemos marchado. Se ha empeñado en conducir, como te digo... ¡Oh, cielos! Apenas hemos doblado la primera esquina he comprendido que no teníamos una probabilidad entre cien de llegar vivos a Fontainebleau. ¿Pero qué iba a hacer? ¿Saltar del coche?

—Persuadirle.

—¿A un borracho?

—¡Está bien! ¿Es eso todo? ¿No ha dicho nada que merezca interés?

—Interés personal para mí, sí. Me ha hecho la corte...

—No bromeo, Gina.

—No bromeas —dijo ella con súbita amargura—. Me embarcas en un negocio de cuya importancia no tengo más que vagas referencias, y aun por ese maldito vampiro de Tío Joe, no por ti. Me abandonas entre los brazos de un estúpido borracho asqueroso dando por sentado que le arrancaré los informes que deseas, unos informes que ni siquiera me has dicho lo que son, y no te preocupa lo más mínimo la náusea que sus efusiones y requiebros me producen, lo que pueda ocurrirme a su lado, sea mi propia muerte o sea lo que sea, sólo porque así conviene a tus planes. Pero no bromeas, ¡oh, no! Lo siento, Sterling. —Gina arrojó con rabia el cigarrillo por la ventanilla—. Algunas veces, muy pocas, soy una mujer como las demás, y ésta es una de las veces. Toma. —Abrió su bolso, sacó un puñado de objetos y de un manotazo los depositó sobre el asiento—. Quédate con esto y llévame a casa.

Sterling había aumentado la velocidad del coche.

—¿Qué es?

—Todo lo que Delamare tenía en los bolsillos. He podido vaciárselos antes de escapar.

El americano guardó silencio hasta encontrarse en las primeras calles de París. Entonces dijo apaciblemente:

—Sigue contando. Habíamos quedado en que os marchasteis de la fiesta y Delamare se empeñó en conducir.

Gina apretó los dientes.

—Te detesto, Sterling.

—Sigue contando.

—¿Cómo no? Logramos salir ilesos de la ciudad y pensé que

todo sería más fácil en la carretera. Lo fue al principio. Cerca de Fontainebleau, cuando ya me veía a salvo, Delamare quiso abrazarme. Soltó una mano del volante. Perdió el dominio del coche. Fuimos a dar contra un árbol, y él murió instantáneamente; yo me salvé, supongo, porque vi venir el choque y me protegí.

Quedé aturdida un momento. Luego comprobé que estaba muerto de verdad, le vacié los bolsillos, salté a tierra y me alejé tanto como pude. Las piernas no me sostenían. Caí en un campo, a cierta distancia y pasé un rato inconsciente. Cuando me recobré se habían congregado en el lugar del accidente diez o doce coches y dos motoristas de la policía. Me oculté y no me moví hasta que acudió una ambulancia, se llevó el cadáver y terminó el jaleo. No quería, si podía evitarlo, que me relacionaran con lo ocurrido, así que procuré que nadie me viera y eché a andar por los campos hasta que descubrí el albergue. Tuve que aguardar todavía algún tiempo para hablarte desde la cabina telefónica sin ser notada. De no haber estado la cabina en el exterior creo que habría caminado hasta Corbeil, o hasta el propio París; no sé. Lo único que sentía eran ganas de llorar y, ¡qué imbécil!, de que tú me besaras.

—Ya —murmuró solamente Sterling.

Conducía a través de la ciudad, solitarias las calles en la madrugada, en dirección a la Avenida Versailles. Cuando hubo quedado atrás el Bulevar Raspail y se hizo evidente que no se dirigía a Montparnasse, Gina dijo:

—Te he pedido que me lleves a casa.

Él no contestó.

Algún tiempo después detenía el coche ante su apartamento.

—Te he pedido que me lleves a casa —repitió la muchacha obstinadamente.

—Antes me habías pedido que te llevara a un lugar donde pudieras beber una copa. Vamos. Aquí es.

—Aquí es donde tú vives.

—¡Vamos, digo!

Gina se apeó del coche, sumisa.

Subieron.

Sterling encendió las luces de la sala de estar.

—Puedes disponer del cuarto de baño.

Extendió sobre la mesa las pertenencias de Guy Delamare y las

miró con el entrecejo fruncido: estilográfica, pañuelo, cartera, dinero, papeles, llaves. Pero no las tocó hasta haber preparado dos highballs.

Tenía uno de los highballs en una mano y un papel en la otra cuando Gina regresó del cuarto de baño. Leía lo escrito en el papel:

«He cometido contigo el mayor error de mi vida. Ahora sé que eres solamente un canalla mentiroso, falsario, cobarde y traidor. Lo sé ahora que ya me has engañado, hecho de mí una perdida y roto mis sueños para siempre. Pero lo doy por bien empleado, puesto que me ha servido de lección y me ha librado de ti. Pide a Dios que no volvamos a vernos, Guy, porque si nuestros caminos vuelven a cruzarse pagarás caro lo que me has hecho».

La carta llevaba una firma: Marie. Había estado plegada y guardada en la cartera de Delamare. Tenía anotado al dorso un número de teléfono con letra masculina, la del propio jefe de publicidad: MEL 64.22.

Sterling alzó los ojos y encontró los de la muchacha. Gina había peinado sus cabellos, lavado el rasguño de su cara, rehecho su maquillaje y puesto orden en sus ropas. Le miraba con una extraña expresión en sus ojos azules.

—¿Qué es?

Él le tendió el papel.

—Las quejas de una ingenua auténtica que debió de ir a escuchar buena música en Fontainebleau con la esperanza de que ello le abriría las puertas del cine. Quejas tardías, por supuesto. Con su apariencia de lechón con gafas, Guy Delamare fue sin duda un punto de cuidado.

Ella leyó la carta. Leyó el número de teléfono.

Fue en busca del highball y lo bebió entornando los párpados con deleite.

—Conozco ese número de teléfono —dijo.

—¿Cómo?

—No estoy segura, pero creo que lo he marcado en algunas

ocasiones. Si no me equivoco, es el del «Hotel Duverney-Palais».

—Un hotel de lujo. El más caro de París, o poco menos...

—Sí.

Sterling tomó la guía telefónica y efectuó la comprobación. Ciertamente el número MEL 64.22 correspondía al «Duverney-Palais».

Gina había mientras tanto terminado su bebida y recogía del respaldo de una butaca su capa de pieles.

—Me marcho —anunció.

—Espera —dijo él.

—No, Sterling. Me marcho. Gracias por todo.

—He dicho que esperes. —El tono del americano era cortante como un cuchillo. Cerró la guía de un manotazo—. Siéntate ahí y tranquilízate.

La joven no se sentó.

Sterling alzó el teléfono de su soporte y marcó un número. Aguardó impasible a que la llamada sonara al otro extremo del hilo repetidas veces, hasta que obtuvo comunicación.

—Denis.

—¡Dios me valga! —respondió la voz soñolienta de Denis Hoche—. Eres tú... Estoy viendo el reloj. Estoy viendo la hora que marca el reloj.

—Despierta y escúchame. Toma nota. Un nombre: Guy Delamare, jefe de publicidad de «Interfrance Films», fallecido esta noche en accidente de automóvil. ¿Lo estás anotando?

—Qué remedio.

—Ha tenido relaciones con una mujer llamada Marie, probablemente muy joven y de clase humilde. Averigua si se trata de una empleada del «Duverney-Palais», o en todo caso qué nexo ha habido entre Delamare y ese hotel. Mañana sin falta, Denis.

—¿Qué pasa con el abogado Jardon?

—Nada. Una cosa no excluye la otra. Sigue con Jardon.

—¿Has dicho que ese otro tipo, Delamare, era jefe de publicidad de «Interfrance Films»? ¿De la productora cinematográfica?

—Sí.

—Bien, puedo explicarte ahora mismo cuál era su nexo con el «Duverney-Palais». Ése es uno de los tres o cuatro hoteles que eligen para hospedarse las estrellas de relumbrón.

—No admito explicaciones teóricas: compruébalo. Delamare,

además, poseía en Fontainebleau una casa que no creo fuera su domicilio habitual, sino más bien un retiro, un nido, uno de esos lugares donde uno pasa el fin de semana u oculta sus aventuras. Quiero saber lo que hay en ella. Quiero saber también todo lo que pueda averiguarse respecto a ese individuo, en particular sus relaciones con Gerry, con Micheline, la posibilidad de que interviniese en la desaparición de ésta, ¡todo!

—¿De qué demonios estás hablando?

—Quiero saber todo eso, Denis. Mañana; es decir, hoy.

Sterling cortó.

Gina le contemplaba perpleja.

—No comprendo el motivo de dar tanta importancia a la carta y al número de teléfono —dijo.

Él se volvió a ella lentamente.

—No les doy importancia.

—Entonces, ¿por qué esas instrucciones a Hoche?

—Echa una mirada a las cosas de Delamare. —Sterling señaló los objetos dispersos sobre la mesa—. No hay en ellas nada que merezca interés, salvo la carta de la pobre tonta que se firma Marie. Puesto que has hecho naufragar mi bote, nena, estoy agarrándome a un clavo ardiendo.

Gina se colocó la capa de visón sobre los hombros.

—No es preciso que insistas en lo del naufragio. Supongo que quieres que antes de marcharme te pida perdón.

Él se había aproximado, estaba ante ella, a un palmo de distancia. La miraba a los ojos.

—Lo que quiero es hacerte una advertencia. Muy simple: esto no puede seguir así.

—¿A qué te refieres? —murmuró la joven. Trató de rehuir su mirada, pero él la asió del mentón para que no volviese el rostro—. Sterling, déjame...

—Estás enamorada. Los síntomas son claros.

—¡Déjame!

—Nunca te había oído decir que puedes ser una mujer como las demás. Nunca habías confesado que soportar las efusiones de un hombre porque así te lo exige tu deber, te produjera náuseas; y quizá nunca te las había producido, Gina. Nunca te había ofendido que alguien te abandonara entre los brazos de un borracho para que

le tirases de la lengua.

Gina intentó apartarse. Sterling la retuvo por un brazo.

—¡Te odio! —exclamó apasionadamente ella.

—¡Oh, no, no me odias! Ocurre exactamente lo contrario; algo que no creería si no tuviera delante la evidencia: te has enamorado de mí...

—¡Sterling, eres un monstruo!

—¿Por qué no eres ya la Gina de siempre? —replicó él, atrayéndola, apresándola entre sus manos—. ¿Por qué tus arrebatos de cariño no son ya la broma que fueron hasta esta noche? ¿Por qué te indignas cuando te digo que te has enamorado de mí, si eso mismo has venido diciendo tú misma hasta hoy?

La muchacha no contestó. Una tempestad agitaba el azul de sus ojos.

Sterling añadió al cabo de un momento:

—Hemos sido excelentes amigos, nena. Has sido la más eficaz colaboradora y la mejor camarada del mundo. Pero has cambiado durante mi última ausencia, y ese cambio puede sernos fatal. En nuestro oficio hay que encerrar el corazón con siete llaves, es doloroso que deba decirte algo que sabes tú mejor que yo.

Soltó a la joven y retiró las manos.

Hubo un silencio.

—Tú no sabes nada —dijo ella—. Nunca sabrás nada.

—Está bien, Gina.

—Pregúntale a Tío Joe, esa hiena despiadada. Pregúntale a cualquiera.

—¿Preguntarles qué?

—¡Todos lo saben menos tú! Te he querido siempre, Sterling. No es cosa de hoy, no es de esta noche. ¡Todos lo saben! Pregúntale a mi padre. Todos saben que contigo mis bromas nunca han sido bromas... ¿Por qué pones esa cara? Es la verdad. Te quiero, te quiero, ¡te quiero! Y si lo has descubierto esta noche y no antes, es porque esta noche he sentido que me rozaba la muerte y no he podido dominarme. Y sí por culpa de esto se va todo al cuerno, ¡que se vaya al cuerno! Soy solamente una mujer. —Gina se interrumpió, bajó los ojos y cruzó la capa de pieles sobre su pecho. Añadió a media voz—: Ahora es mejor que me vaya.

Echó a andar hacia la puerta, y a los pocos pasos encontró a

Sterling en su camino.

—No —dijo él, sordamente.

—¡Por favor!

—¡No! Mírame. Trata de comprenderme. Aunque uno lo encierre con siete llaves, el corazón sigue latiendo... Gina, ahora es precisamente cuando no te vas.

CAPÍTULO VII

Denis Hache se miró las manos.

—Lo leerán en los periódicos —dijo.

Tío Joe cargaba su pipa con movimientos de exasperante lentitud. Sterling contemplaba por la ventana cómo se extendían las sombras de la noche sobre el versallesco jardín de la villa.

El primero replicó:

—Muy bien, lo leeremos en los periódicos; pero ¿qué ha pasado? Hoche dejó escapar un suspiro.

—Agarramos a Noel Jardon cuando salía de su casa, esta mañana. Me ayudaron Sosson y Fugger. Fue rocambolesco, una cosa de verdadero folletín. Luego le exprimimos como no recuerdo haber exprimido a nadie, y ya sabe usted que cuando la guerra hube de aplicar tratamientos especiales para que los SS cantaran como Caruso. Si me han de creer a mí, ese tipo está en blanco. No cuenta. No se ha cargado a Anouk Cordy ni ha intervenido para nada en lo de Micheline y Gerry. Le guste o no a Sterling, debemos descartarle; es decir, descartar lo que ha quedado de él después de que Sosson, Fugger y yo terminamos el trabajo.

Tío Joe fijó la mirada en Sterling. Éste se encogió de hombros.

—Puede ser así. O puede ser que Jardon haya resultado más coriáceo que los SS. ¿Qué hay de su casa?

—Está ahora como Hiroshima después de la bomba atómica: no dejamos un palmo por registrar. Nada. Si quieres detalles los tendrás, pero nada, nada y nada. Fugger ha investigado sus antecedentes hasta la fecha de su bautizo en Val-de-Grâce. Nada tampoco.

—Una investigación de unas horas no basta para asegurarse.

—Denis, Fugger y Sosson saben lo que hacen —declamó Tío Joe

—. Puedo concederles un razonable margen de crédito.

Sterling volvió a encogerse malhumoradamente de hombres.

—Conforme por mí. Pero el hecho no quita que Anouk Cordy estuviera en «La Coquille d'Or»

con Noel Jardon y con nadie más, y que la mataran para evitar que hablase conmigo. Alguien la vigilaba estrechamente. Si no fue Jardon, ¿quién era? ¿Lo sabe él? ¿Notó él que alguien hiciera a la chica objeto de vigilancia?

—No.

—¿Y quién era la otra mujer a que Anouk se refirió, la mujer de la cual sentía celos Micheline? Si ella la conocía, si Anouk la conocía, es absurdo que nosotros no consigamos averiguarlo. ¿Sabe algo Jardon de esa mujer?

—No —repitió Denis Hoche. Y súbitamente añadió con aire distraído—: Puede que fuera la condesa Pellegrino, digo yo.

Hubo un silencio.

Sterling regresó lentamente de la ventana para mirar cara a cara a su socio.

Tío Joe aproximó la llama del encendedor a la cazoleta de su pipa y expelió una densa bocanada de humo. Cuando éste llegó hasta él, Hoche lo olfateó con una sonrisa melancólica.

—Excelente mezcla —declaró—. Preparada expresamente para usted por Burton's, de Regent Street, en Londres, si no me equivoco. Tabaco de millonario...

—Suéltalo ya —le interrumpió Sterling.

El rostro de Tío Joe era una máscara inexpresiva.

—¿Soltar lo de la condesa Pellegrino? —preguntó malignamente Hoche—. ¿Lo de la rubia y encantadora condesa?

—No es de

Burton's

—dijo Tío Joe con voz incolora—, sino de Cockwell House. Dejé hace dos meses de comprar en

Burton's

porque no me satisfacía del todo. ¿Qué les pasa hoy a tus nervios, Sterling?

—Lo que les pasa siempre cuando Denis se pone así.

—Y algo más.

Sterling se volvió hacia él.

—¿A qué se refiere?

—Luego hablaremos de ello. Denis, a ver esa historia.

El francés asintió.

—Es sólo el desenlace de una historia que Sterling inició anoche. Una historia sobre Guy Delamare, jefe de publicidad de «Interfrance Films», muerto en accidente de automóvil cerca de Fontainebleau. Parece que había de existir una relación entre Delamare y el «Hotel Duverney-Palais», aparte el hecho de que en ese hotel se alojen frecuentemente estrellas de cine. La relación existía. Denis Hoche dedicó a Sterling una nueva y escéptica sonrisa. —Me gusta trabajar de una manera precisa y cronométrica, no dejar cabos sueltos, no desdeñar los pequeños bocados de información. Es sólo un detalle, pero muy curioso.

—Estás envejeciendo, Denis.

—Probablemente. Bien, el detalle consiste en que Delamare dejó días atrás un recado telefónico para una de las más distinguidas huéspedes del hotel: la deliciosa condesa Pellegrino. La noticia es referencia de una las telefonistas.

—Sensacional —asintió Sterling con desdeñosa ironía—. Supongo que el recado diría: «Querida condesa, todo dispuesto para el crimen. Su devoto cómplice, Delamare»; o algo parecido.

—Era un mensaje verbal, que la telefonista anotó, y no a nombre de Delamare, sino únicamente de Guy —explicó Hoche sin inmutarse—. Un mensaje intrascendente, una hora, al parecer para una cita. La chica lo recuerda por una sola razón: admiraba a la condesa y todo cuanto se relacionara con ella se le quedó grabado. Era, según dice, la mujer más bella, la más atractiva y la más elegante que en mucho tiempo haya pasado por el hotel; y con respecto a un lugar como el «Duverney-Palais» es decir bastante.

Sterling miraba a su socio enarcando las cejas.

—Debe de haber en París ciento Cincuenta o doscientos mil sujetos que se llaman Guy —observó.

—Los hay. Pero son pocos los que se llaman Gerry Browne.

Tío Joe carraspeó.

—Sospecho, Sterling, que estás desperdiciando tu sarcasmo.

Sigue, Denis.

—Gerry Browne visitó tres veces a la condesa Pellegrino; la última, si la telefonista no se confunde de fecha, la misma tarde del día de su desaparición.

—Gerry —murmuró Sterling. Su rostro se había ensombrecido—. ¿Cómo sabe esa telefonista que fue Gerry Browne?

—Oyó el nombre. Las tres veces la visita le fue anunciada a la condesa desde el mostrador de recepción, por teléfono. Y en una ocasión vio a Gerry, y su descripción, aunque idealizada, no deja lugar a dudar. Se da la circunstancia de que las visitas de Gerry fueron las únicas que la condesa Pellegrino recibió, y el del hombre llamado Guy el único mensaje.

—¿Esa mujer se ha marchado ya del hotel?

—Ayer por la mañana.

—Es decir, después de la muerte de Anouk Cordy.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo permaneció?

—Siete días.

Tío Joe intervino:

—¿Algo más sobre Guy Delamare?

Hoche titubeó.

—Hay más, por supuesto, pero no sé exactamente cuánto. Delamare era ahora una ruina, una sombra de lo que fue. Durante la guerra, siendo muy joven, desarrolló importantes actividades como enlace del maquis de Aix-les-Bains, al tiempo que alemanes e italianos le creían un convencido colaboracionista. Después vino a París, brilló fugazmente como periodista, se metió en negocios de mercado negro, estuvo en Alemania, se enriqueció, se arruinó enseguida, dio tumbos por todas partes, y finalmente se introdujo en el cine. Años atrás figuraba entre los existencialistas que daban color y explotaban al turista en Saint Germain. Era inteligente, hablaba cinco idiomas, tenía ideas, y aunque estaba destrozado por el alcohol y las drogas podía mantenerse a flote en su empleo de «Interfrance», en parte por sus propias dotes y en parte por la protección de Baise Prévost, uno de los directivos de la sociedad, antiguo amigo suyo. La policía tiene sobre él una extensa ficha, y también el «Deuxième Bureau». Sin embargo, era el típico hombre-iceberg: lo visible, lo conocido de su personalidad y actividades era

cinco veces menor que lo invisible. Por debajo de la superficie puede haber todo lo que uno quiera imaginar, y para todos los gustos.

Tío Joe movió negativamente la cabeza.

—Dudo que haya tanto.

—Usted debe de saberlo.

—Lo sé. Delamare no era de fiar. Para nadie, no hablo exclusivamente por mí. Tenía un punto débil: durante la guerra prestó algunos servicios al maquis de Aix-les-Bains, es cierto, pero los prestó mucho mayores a alemanes e italianos. Era un traidor, responsable de la muerte de varias docenas de franceses o de su internamiento en campos de concentración, aunque lo bastante hábil para nadar y guardar la ropa, para aparecer como un héroe ante los ojos de sus compatriotas cuando todo acabó. Ahora bien, este punto débil de poco había de servir si alguien pretendía manejarle. No hay pruebas de los hechos, y ocurrieron demasiado tiempo atrás. Estoy seguro de que Delamare se habría escabullido si le convenía.

Sterling escuchó a su jefe sin sorprenderse. Sabía, como Denis Hoche, que en los archivos particulares de Tío Joe figuraba un número increíble de personas, con datos que no conocía nadie más en el mundo.

—Puede ser eso precisamente lo que ha pasado —dijo.

—¿Qué? —inquirió Hoche.

—Alguien creía estar manejando a Delamare, sirviéndose de él bajo amenaza de sacar a relucir sus trapos sucios. Él, por su parte, se disponía a traicionar a esa persona vendiéndome a mí los informes que pudieran interesarme. Una borrachera y un árbol le estropearon el negocio.

—O te lo estropearon a ti —dijo el francés.

Sterling le miró un momento en silencio. Luego preguntó:

—¿Alguna relación entre Delamare y Gerry?

—¿Quieres otra aún? La línea es casi recta: de Delamare a la condesa Pellegrino y de ésta a Gerry. —Denis Hoche consultó su reloj y frunció el entrecejo—. Puesto que he resuelto ya sus problemas, permítame que me retire. Soy un hombre muy ocupado. Tengo dentro de unos minutos una entrevista de la que depende un contrato de dos millones. Me he acostumbrado hace tiempo a

trabajar por Sterling y por mí.

Se levantó y saludó con la mano a Tío Joe.

—Me marcho contigo —anunció Sterling.

—No, hijo, tú te quedas —dijo Tío Joe, placenteramente.

El francés les miró a ambos un instante, titubeando. Fue a decir algo, pero finalmente optó por callar; saludó de nuevo y abandonó el estudio.

Sterling encendió un cigarrillo.

En silencio, Tío Joe se dirigió a una mesa donde había botellas y vasos y preparó dos *whiskies*.

—Toma un trago. Me da cierto reparo beber delante de un abstemio como Denis...

—Y hablar delante de él —asintió el joven—. Está usted lleno de insospechadas delicadezas.

—¿Qué supones que voy a decirte?

Sterling se encogió de hombros.

—Lo de anoche no fue un trabajo limpio. Supongo que entre otras cosas, me hablará usted de Gina Angiolini. Puede empezar.

—Lo primero que te diré es que haga las maletas para marcharte a Italia.

—Entiendo: la condesa Pellegrino. ¿Me envía usted a la caza de una pantera rubia?

A Tío Joe se le había apagado la pipa. Bebió un largo sorbo de *whisky* antes de volver a encenderla.

—La condesa Pellegrino nació en Atlanta, Georgia. Su nombre de soltera es Eva Charlotte Sanders.

Sterling entornó los párpados.

—¿Usted sabía eso? ¿Sabía de antemano que Denis nos hablaría de ella?

—Lo sospechaba —declaró Tío Joe, sonriendo—. Eva Sanders era una de las tres o cuatro personas posibles. He estado descartando candidatas desde que se hizo patente que quien manejaba los hilos de esta trama conocía las interioridades de los servicios secretos mundiales tan bien como yo.

—¿Esa mujer ha trabajado para usted?

—Trabajó hace mucho tiempo, cuando ni ella ni yo éramos lo que somos ahora. Por supuesto, Eva ha cumplido los cuarenta años, aunque supere en juventud, belleza y atractivo a cualquier criatura

de veinte. Una mujer excepcional, Sterling. ¿Me has oído alguna vez calificar de excepcional a alguien?

—Nunca.

La sonrisa de Tío Joe se había hecho nostálgica.

—Eva Sanders tuvo una carrera meteórica, y la trunció repentinamente para casarse con el conde Pellegrino, viejo, rico y aristócrata. Desde entonces no ha vuelto a dar señales de vida, pero es evidente que ha mantenido contacto con los medios que le interesaban. El conde murió hará cosa de dos años. La pobre debe de sentirse muy sola y aburrida en su palacio de Calabria...

—¿Es peligrosa?

—Peligrosísima. Una auténtica pantera devoradora de hombres; Gerry no se equivocó al juzgarla.

—Si le conoce a usted bien, habrá previsto la posibilidad de que la identifiquemos.

—Exacto. Y no creo que le importe.

—Pero enviarme a mí a Italia puede poner en peligro la vida de Gerry.

—Lo dudo. Contestaré a su carta publicando en «Le Figaro» el anuncio que me indica, aunque luego no me resigne, y ella sabe que no me resignaré, a esperar inactivo el resultado. Tu presencia en Italia no la sorprenderá ni la intimidará; seguro que lo ha calculado en sus planes. Y éstos se realizarán puntualmente si tú no empleas una vía de ataque que la tome desprevenida. Te advierto que no será fácil, Sterling.

—Ya supongo que no. Y también supongo que no me dará usted instrucciones, ni consejos, ni informes, ni absolutamente nada que me sirva de ayuda. Conozco sus sistemas.

—¿Alguna queja? —preguntó Tío Joe, burlonamente.

—¡Oh, no! Aprendí hace años a no quejarme. ¿Cuándo quiere usted que parta?

—Te avisaré.

Sterling apuró su vaso de *whisky*.

—¿Puedo marcharme ahora?

—Todavía no.

—¡Infierno! ¿Por qué no me endosa de una vez lo que lleva en el buche?

Tío Joe examinaba con gran atención la cazoleta de su pipa.

—Muy bien, hijo. Dije que te hacía venir de Hamburgo, ¿recuerdas?, porque sabía lo que a las rubias les pasa contigo. Pero a ti nunca te ha pasado nada con ellas. Y no quiero que te pase. — Los ojos de Tío Joe se alzaron para incrustarse en el rostro de Sterling—. Lo de anoche no me gustó. Y no porque Delamare muriese; su muerte no ha tenido la menor importancia.

El joven sostuvo fríamente la dura mirada.

—Debería usted conformarse con las cosas que sabe. No necesita recurrir a la imaginación.

—No imagino nada. Te conozco. Gina estropeó ayer un trabajo delicado. Sé lo que tú hubieras hecho y lo que me habrías dicho tratándose de otra mujer. He visto lo que has dicho y hecho en este caso.

Sterling apretó los dientes.

—¿No va usted demasiado lejos?

—Me limito a procurar que quienes trabajan para mí lo hagan según mis deseos. Mucho cuidado, Sterling. —Los ojos de Tío Joe tenían ahora una expresión inhumana—. Voy a brindaros a ti y a Gina una buena oportunidad. Ella irá a Italia contigo como agente de cobertura. ¿Nos comprendemos?

Hubo un silencio.

—Gina le llamó ayer viejo vampiro —dijo Sterling sarcásticamente—. Intuición femenina, quizá.

CAPÍTULO VIII

Denis Hoche no se había equivocado: los periódicos hablaban del asunto.

Sterling leyó las informaciones envuelto en la toalla, descalzo, recién salido de la ducha, mientras se preparaba su highball matinal. Los detalles eran espeluznantes. Noel Jardon había narrado con todo lujo de detalles las circunstancias de su secuestro, los malos tratos sufridos, las extrañas preguntas que le dirigieron sus captores. El hecho de que éstos hubieran operado con los rostros semicultos por sendos pañuelos, daba a la aventura, un carácter de cosa pasada de moda que aumentaba su sensacionalismo.

Lo mismo policías que reporteros parecían desconcertados. No era difícil adivinar, aunque no lo expresaran claramente, que unos y otros sospechaban que Jardon había inventado la historia con un propósito todavía indeterminado. Vistos desde el exterior, en efecto, el asesinato de Anouk Cordy, el asalto sufrido por el respetable abogado que fue su galán de la última noche, así como el brutal registro que en el domicilio de Jardon se había practicado, carecían de sentido lógico.

Sterling sonrió con satisfacción. Los lectores amantes de sensaciones fuertes tenían buen pasto para el desayuno. Y de no ser que ocurriera un milagro, el enigma quedaría para siempre sin solución, en los archivos de la policía.

Se vistió cuando hubo terminado la bebida y el examen de los periódicos. Luego tomó el teléfono y marcó un número.

—¿Klausen?

—Al habla.

—Soy Sterling Walsh. Tengo un trabajo para ti.

Había en París, trabajando en diversos departamentos

especializados, numerosos expertos en criptografía y claves. De todos ellos, Fritz Klausen, que no trabajaba en ninguno, era el mejor.

—Siempre a sus órdenes, señor Walsh. Es halagador que se acuerde usted de mí de vez en cuando.

—Dentro de media hora pasaré por tu casa.

Klausen vivía en la Puerta de las Lilas, realquilado en una habitación que daba a un patio, en una casa de la época de Napoleón III. Se ganaba la vida, una vida a salto de mata, como traductor de varios idiomas raros. Aparte el conocimiento de estos idiomas, sus habilidades eran muchas; pero su turbio pasado le impedía sacar normal provecho de ellas.

Sterling le encontró trasladando al francés un artículo de una publicación checa que trataba de los parásitos de la coliflor. Colocó ante él, sobre la mesa, la carta firmada Marie que Gina hallara en poder de Guy Delamare.

—Es posible, aunque no seguro, que este texto esté redactado en clave. Quiero que lo averigües; y si lo está, que lo descifres. Puede incluso que no esté escrito en francés. El destinatario de la carta conocía varios idiomas.

—¿Cuáles?

—Según creo, además del francés, alemán, italiano, inglés y español, o quizá ruso.

Klausen leyó el texto. Su rostro pálido y fofó se iluminó con una sonrisa.

—Un trabajo caro, señor Walsh. ¿Urgente?

—Muy urgente. Te llamaré más tarde.

Sterling descendió a la calle.

Unos chiquillos fisgoneaban en torno a su coche. El deslumbrante «Mercedes» producía en la mísera fealdad del barrio, el mismo efecto de incongruencia que un elefante sentado en un taburete.

Se apresuró a alejarse de allí.

Atravesó oblicuamente la ciudad en dirección a Montparnasse. A medida que se adentraba en el París de fachada turística el sol matutino parecía brillar de otro modo.

Dejó el coche en el bulevar para dirigirse a la librería de Angiolini.

El librero discutía con un cliente el precio de un tratado de trigonometría. Miró a Sterling por encima de las gafas.

—¿Gina? —preguntó él, señalando hacia la trastienda.

—Un momento.

La discusión terminó en acuerdo. La venta se efectuó. El cliente salió de la tienda con su libro bajo el brazo.

—Me sorprende que seas tú precisamente quien viene a por la chica —dijo el italiano—. Precisamente tú, Sterling.

El americano le miró sin comprender.

—¿Qué demonios ocurre? ¿No está Gina?

—Por supuesto que no. Dos muchachos vinieron en su busca. En coche. Buen coche. Creí que era asunto tuyo, y ella debió de creerlo también...

—¿Cuándo ha sido eso?

—Fue. Anoche, sobre las ocho.

Los labios de Sterling se tensaron en una mueca.

—¿Dijeron que venían de parte mía?

—No hablé con ellos. Y Gina no me dio explicaciones. Tú sabes que nunca me las da; ¿para qué?

—Descríbeme el coche.

Angiolini se quitó las gafas.

—¿Acaso Gina...?

—¡Descríbelo! ¡Y a los dos tipos!

—Sterling, por San Genaro... El coche era americano, un «Studebaker» reluciente, blanco y verde, si no me equivoco. Los muchachos, como todos los muchachos. No sé, San Genaro se apiade de mí; no me fijé en ellos.

Sterling miró fijamente al librero un instante. Vio el temblor de sus labios. Luego, sin decir palabra, dio media vuelta y le dejó.

Desde un café del bulevar llamó a Tío Joe.

—¿Se ha ocupado usted de Gina? ¿Le encargó algún trabajo anoche?

—¿Por qué?

—Quiero saberlo.

—No. Imaginé que correrías a su lado apenas salieras de aquí.

—Usted no imaginó eso. Sabía que, después de lo que me dijo, no iría a verla sin un trabajo que encomendarle. Y ojalá hubiera ido.

—¿Qué pasa?

—Ha desaparecido. Dos hombres fueron a buscarla en un «Studebaker» blanco y verde, a las ocho de la noche. No ha vuelto aún.

Tío Joe no dijo nada. Sterling inquirió al cabo de un momento:

—¿Está usted ahí?

—Trato de reflexionar. No veo que eso tenga por ahora significado. A no ser que Gina y un par de amigos... Ella nunca se ha mostrado muy morigerada cuando es cuestión de divertirse.

—Su delicadeza me abruma. Pero procure no olvidar que Gina fue vista con Guy Delamare, que ambos abandonaron juntos la fiesta de anteanoche, que Delamare murió poco después; y que acaso, su jefe o sus cómplices supieran que Gina era algo más que una bella muchacha...

—¿Represalias?

—Quizá. No es difícil que alguien piense que el accidente no fue tal, sino un asesinato bien ejecutado.

—Lo siento, Sterling. —La voz de Tío Joe era tan fría e impersonal como de costumbre—. Por ahora yo nada puedo hacer. Y a fin de cuentas, esa explicación tuya es mera hipótesis.

—¿Espera recibir una carta pidiendo cien mil dólares por el rescate de Gina?

—No. Eva Sanders partió de París por vía aérea rumbo a Italia. Por lo demás, Gina no vale ese dinero...

La comunicación fue cortada.

Sterling salió al bulevar, parpadeando bajo el sol. Necesitaba acción. Necesitaba un trabajo absorbente. Necesitaba un objetivo sobre el cual desahogar la tensión de sus nervios.

Y no tenía ante sí más que una mañana vacía.

* * *

La voz de Klausen:

—Sí, señor Walsh. Yo siempre cumplo con usted, señor Walsh.

Desde la cabina telefónica veía Sterling el edificio de la Opera, Un río de automóviles circulaba por la plaza.

No sentía sino hastío y coraje.

—¿Ha conseguido algo?

—Pues sí. Acertó usted: había un mensaje cifrado. En francés.

—Léalo.

—Yo siempre he cumplido con usted, señor Walsh —insistió Klausen.

—¿Qué cuerno quiere?

—Cinco mil francos, señor Walsh. Solamente cinco mil francos.

—¡Léalo, infierno! ¿He dejado alguna vez de pagarle?

—Cinco mil francos, señor Walsh.

Sterling colgó el teléfono de un manotazo.

Salió a la plaza y fue en busca de su coche.

Conducir a través de la ciudad, en el intenso tráfico de mediodía, aumentó su exasperación. Estaba furioso cuando llegó a la Puerta de las Lilas.

Arrojó el dinero sin una palabra sobre la mesa de Klausen.

—Comprenda usted —dijo el hombre—. Uno vive al día, casi al minuto... Aquí tiene, y muchas gracias.

Sterling tomó la hoja de papel mecanografiada. Leyó:

«No me impresionan tus protestas de lealtad. Si las razones de que dispongo no bastan para convencerte, te advierto que Boulotte y Alí Kichmi se encargarán de frenar tus veleidades. Yo no tolero el doble juego. Quedas avisado».

—¿Satisfecho? —preguntó Klausen.

El americano le miró pensativo.

—¿Estás seguro de que? ¿Es eso lo que dice la carta? ¿No te lo has inventado para sacarme los cinco mil francos?

—¿Inventarlo? ¡Señor Walsh!

Sterling aferró al hombre por la camisa.

—¡Dime la verdad!

—¡Se lo juro! ¡Era eso lo que ponía! Le explicaré la clave. Es sencilla si uno acierta con ella. Usted mismo podrá leer...

—Está bien. —La cólera de Sterling se desvaneció—. Que te aproveche el dinero, Klausen. Hasta otra.

Había una taberna dos casas más abajo del domicilio del traductor, y en ella un teléfono público. Sterling, que no había

querido hablar por el aparato que Klausen tenía sobre la mesa, entró para llamar de nuevo a Tío Joe.

—Tranquilízate —dijo éste al reconocer su voz—. Hijo, no puedo pasarme el día pendiente de tus tribulaciones.

—Tengo una pista. Ha sido una casualidad, o acaso un presentimiento. Dos nombres: Boulotte y Kichmi; Alí Kichmi, probablemente un norteafricano. Estrechamente relacionados con Delamare y con su jefe; con Eva Sanders, si su jefe era ella. Usted puede localizar a esos hombres en poco tiempo.

—¿Cómo se llaman? —preguntó simplemente Tío Joe—. Repítelo.

Sterling lo repitió. Dijo:

—Volveré a llamarle dentro de media hora.

Tío Joe podía hacerlo. Tenía los medios. Nadie en París disponía de tan amplios recursos.

Sterling condujo el «Mercedes» hacia los grandes bulevares. Se detuvo a almorzar en un autoservicio. Engulló los bocados distraídamente, pensando con nostalgia en la cocina de Pauline.

Pensando en otras muchas cosas, además.

Media hora.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Tío Joe, cuando volvió a llamarle.

—¿Dónde encontrar a esos hombres?, o a uno cualquiera de los dos.

—Creo que les encontrarás juntos. Boulotte, que se llama en realidad Pierre Durand, es dueño de un garaje en Nevilly; quince, calle Briennes. Kichmi es su empleado, y en parte su socio. ¿Te interesan sus antecedentes?

—No.

—Te diré solamente que el norteafricano es un pistolero peligroso. En cuanto a Boulotte...

—Me basta.

—¡Sterling, no cometas una estupidez!

—Descuide.

Un pistolero peligroso. Un garaje en Nevilly.

¿Sería posible?

Sterling salió del restaurante, saltó a su coche y puso rumbo a la Avenida Versailles.

Subió a su apartamento. Un instante. El tiempo justo de ceñirse una funda axilar y colocar en ella la «Luger» cargada.

Nevilly. Calle de Briennes.

Habían transcurrido, desde las ocho de la tarde anterior, diecinueve horas. Una eternidad. Cualquier cosa podía haber ocurrido en aquel plazo.

Número quince, calle de Briennes. Un garaje.

Allí era.

Detuvo el coche y se apeó.

Un vecindario tranquilo, con pequeñas industrias, modestos comercios y viviendas de obreros y empleados. El garaje albergaba sin duda un elevado tanto por ciento de vehículos económicos.

Sterling se aproximó a la entrada y miró al interior. El local estaba a aquella hora casi vacío. Al fondo, invisible desde allí, se oía a un hombre canturrear mientras golpeaba con un martillo un objeto metálico.

Avanzó en aquella dirección, las manos prendidas en las solapas de su chaqueta; la derecha, a un palmo de la culata de la pistola.

El hombre vestía un mono azul. Era de mediana estatura, recio, muy moreno, de cabello rizado y facciones rectilíneas. Absorto en su trabajo, no le vio hasta que le tuvo delante.

—¿Puedo encontrar por aquí algún mecánico? —preguntó Sterling.

Algo intrigaba al hombre. El americano advirtió que escrutaba su rostro titubeando, que a sus ojos asomaba una mirada de recelo.

—¿Dice usted un mecánico, señor?

Era un norteafricano. No sólo lo indicaba así su físico, sino la manera de pronunciar el francés.

Alí Kichmi, sin duda.

¿Armado?

—Un mecánico. ¿Puedo encontrarlo aquí?

—Es posible. —El hombre se pasó el dorso de la mano por la boca—. Preguntaré... Aguarde un momento.

Echó a andar hacia una puerta interior. Miró una vez atrás antes de desaparecer por ella.

Sterling le siguió rozando con los dedos la culata de la «Luger». Si eran Kichmi y Boulotte quienes secuestraron a Gina, debían de conocerla, tenían que haberla visto antes en alguna parte. En la

fiesta cinematográfica, por ejemplo, donde estarían vigilando a Delamare. Y si estaban allí, también le habrían visto a él.

Es decir, el argelino le conocía.

La puerta comunicaba con el arranque de unas escaleras. Se oía al hombre subirlas rápidamente, más arriba. Al momento sonaron sus pasos en el piso superior del garaje.

Sterling comenzó a subir pistola en mano.

¡Había sido una ñagaza!

Vislumbró un movimiento. Se agachó, se arrimó a la pared.

Un objeto pesado pasó rozándole y cayó rebotando en los peldaños. Era el martillo que Kichmi manejaba. ¡Un pistolero sin pistola! ¡El argelino iba en busca de su arma y había tratado de detenerle con aquel improvisado proyectil!

El americano echó a correr escaleras arriba empuñando la «Luger».

Alguien gritó:

—¡Alí! ¿Qué es eso?

Y la voz de Kichmi:

—¡Cuidado!

Llegó al piso, y al extremo de un pasillo descubrió la figura de un hombre. Disparó sin titubear. La detonación sembró un cañonazo.

El hombre desapareció.

¡Alí Kichmi surgió por una puerta a tres palmos de Sterling!

El americano tuvo apenas tiempo de entrever en su mano un arma. Saltó hacia atrás en el instante en que Kichmi disparaba. El fogonazo le cegó, el estampido sonó junto a su oído, la bala rozó su mejilla.

Disparó a su vez, a boca de jarro.

El argelino emitió un ronquido y cayó hacia él. Se le abrazó. Sterling comprendió que estaba muriéndose y no se daba cuenta de lo que hacía. El arma que empuñaba cayó al suelo.

Simultáneamente tronó al fondo del pasillo una metralleta.

Con desesperado frenesí, sintiendo las balas llover en torno, percatándose de que varias de ellas se incrustaban en el cuerpo agonizante de Kichmi, el americano se libró de éste para arrojarle de cabeza al interior de la contigua habitación. Durante una fracción de segundo pensó que, de no ser por el escudo de carne

que involuntariamente le había prestado el argelino, estaría ya muerto.

La idea le hizo sonreír.

Luego se asomó por la puerta, a ras de suelo, entre el cadáver de Kichmi y la pared. El hombre del pasillo se acercaba cautelosamente, metralleta en mano.

No hubiera querido matarle, porque los muertos no hablan, y él deseaba que aquel hombre hablase. Pero su metralleta era demasiado peligrosa. Herido nada más, podía dispararla y dar al traste con todo. Dispararía antes de un segundo...

Sterling tiró a matar.

El hombre se derrumbó profiriendo un sonido lloriqueante que cesó cuando quedó inmóvil, tendido de bruces en mitad del pasillo.



La última puerta.

Sterling respiró profundamente, secando el sudor que bañaba sus ojos y le estorbaba la visión. El coraje y la dicha hervían entremezclados en su pecho.

Allí estaba Gina, detrás de la última puerta.

La habían atado sobre un camastro, manos y pies amarrados a cada una de las patas del mueble. Habían trabajado duro con ella. Tenía su soberbia belleza algo trágico y estremecedor bajo los golpes y magulladuras, entre los jirones deshilachados que quedaban de sus ropas. Algo sublime.

La desató en silencio. La envolvió en una sucia colcha y la tomó en brazos estrechándola ansiosamente contra sí.

Ella gemía débilmente.

—Ya terminó, nena —dijo él con ternura—. Debemos marcharnos antes de que el tiroteo reúna aquí a media ciudad...

* * *

Sterling dijo:

—Tenían miedo, eso era lo que les pasaba. Sabían que Guy Delamare era un traidor en potencia, y la condesa les había ordenado vigilarle estrechamente. Le vieron abandonar la fiesta en compañía de Gina. Delamare murió en circunstancias sospechosas, sin un papel en el bolsillo, y fue encontrado solo en su coche. ¿Qué había sido de la muchacha? Boulotte y el argelino estaban seguros de que ella le hizo cantar y luego le eliminó limpiamente. No la secuestraron como represalia, sino como medida de seguridad. La condesa se había marchado, pero ellos continuaban aquí, desamparados, expuestos a cualquier peligro... Necesitaban averiguar a toda costa lo que había confesado Delamare. Su idea era que éste les había vendido, aunque ignoraban hasta qué punto y si debían o no debían ponerse con urgencia a salvo. Fue esto lo que trataron de arrancarle a Gina.

La luz de la lámpara colocada sobre su mesa, trazaba inquietantes surcos de sombra en el rostro de Tío Joe. A un lado, la ventana se abría sobre las tinieblas nocturnas que inundaban el jardín.

—¿Cómo os marchasteis?

—¿Cómo quiere que nos marcháramos? Por las buenas. Todo el vecindario estaba en la calle cuándo saqué a Gina y la llevé al coche. Trataron de detenerme. Tuve que abrirme paso a gritos, diciendo que íbamos al hospital, que ella estaba herida, que avisaran a la policía inmediatamente... Vi que tomaban el número de mi placa, por supuesto. No sabían lo que había pasado en el garaje, y creo que imaginaban algo más gordo aún de lo que fue. Por ello me apresuré a llamarle a usted pidiéndole que lo arreglara lo mejor posible.

Tío Joe movió la cabeza con ceñuda reprobación.

—Esas cosas no se arreglan nunca del todo. Te había dicho que no cometieras una estupidez... ¡Maldición, Sterling! Tú eras uno de

los pocos hombres con la sangre suficientemente fría como para inspirarme confianza. Sería ya hora de que volvieras a abrir, los ojos.

—Los tengo abiertos.

—Como gustes. —Tío Joe sacó del bolsillo la pipa y golpeó la cazoleta vacía contra la palma de su mano—. Lo más adecuado será que te marches a Italia inmediatamente y no vuelvas hasta que aquí se apaguen los ecos de ese estúpido tiroteo de Nevilly. Mi anuncio se ha publicado en «Le Fígaro», pero es ridículo que continuemos representando la farsa. Te daré una carta de pago por valor de quinientos mil dólares que en Nápoles te hará efectiva Goldstein. Confío en que te entiendas directamente con él.

—¿De qué modo?

—Del modo que las circunstancias te aconsejen.

Sterling, con los brazos cruzados, se dirigió a la ventana y miró hacia el exterior. Permaneció silencioso unos minutos.

—Así que persiste en su propósito de enviarme a Italia. ¿También con Gina como cobertura? ¿A pesar de todo?

—Gina es joven —dijo glacialmente Tío Joe—. Apuesto a que está ya recobrándose de sus descabros físicos, especialmente después de haberte tenido todo el día a su lado. Sus descabros sentimentales es de esperar que no duren mucho más.

El joven continuaba mirando hacia el jardín. Preguntó en tono seco:

—¿Cuál será la meta de mi viaje?

—San Simeone, al pie del monte del mismo nombre, cerca de Cosenza, en Calabria. Un lugar pintoresco que entusiasma a los turistas. La condesa Pellegrino tiene allí un palacio que data del siglo XVI.

Sterling se volvió.

—¿Quiere usted decir que fue en ese palacio don —de estuvieron reclusos William Singer y les demás? ¿Dónde están ahora Gerry y Micheline?

—¿Por qué no? Tú no conoces a Eva Sanders... ¡Oh, se me olvidaba! Mis órdenes, Sterling. Son sencillas: trae a Gerry vivo, elimina a Eva; pero esta vez quiero un trabajo limpio. Exijo que cinco minutos después de terminada la operación, puedas tomar tranquilamente café en San Simeone y hablar del tiempo con el jefe

de los carabinieri. ¿Has comprendido?
Sterling no dijo ni que sí ni que no.

CAPÍTULO IX

En la plaza, corazón del pueblo, estaban la iglesia, el Ayuntamiento, el café, el cine y el único hotel de San Simeone. Por su ámbito correteaban seis o siete perros, una banda de chiquillos y una veintena de gallinas. Las golondrinas surcaban el aire azul-gris del crepúsculo.

París era París; San Simeone era San Simeone.

Sterling, con un suspiro, detuvo ante el hotel el «Alfa Romeo» que adquiriera en Nápoles. Inmediatamente, la banda de chiquillos y los perros le rodearon. En los rostros morenos y sucios de aquéllos, se abrían grandes ojos interrogativos. Los segundos se contentaban con husmear a distancia.

Entró en el hotel y fue objeto al instante de las atenciones de la obesa encargada. Escuchó un ardiente elogio de la belleza del lugar y sus alrededores, una reseña del movimiento turístico estival, y hubo de contestar a un alud de preguntas sobre su nacionalidad y procedencia, sus aficiones, los motivos que le habían llevado hasta allí; todo ello en un tono de cálida y amistosa confianza.

La habitación era exactamente lo que la plaza, el hotel y la encargada permitían suponer. Una vez solo, Sterling procedió resignadamente a lavarse en el anticuado lavabo.

Iba a mudarse de ropa cuando llamaron a la puerta.

Abrió.

No era la encargada, como temía, sino un hombre de corta estatura, calvo, atildadamente vestido, qué llevaba una sonrisa como cegada en la parte inferior del rostro.

—¿El señor Sterling Walsh?

—Yo mismo.

—Permítame que me presente, señor. Soy el secretario particular de la señora condesa Pellegrino. Tengo el gusto de comunicarle que la señora condesa, informada de su llegada a San Simeone, me ha encargado darle en su nombre la más cordial bienvenida y ponerme por entero a su disposición.

Sterling se humedeció los labios con la lengua.

—¿Quién ha informado a la condesa de mi llegada?

—¡Oh, señor! Cuando un viajero de calidad se dispone a acudir a San Simeone, la señora condesa es informada siempre. ¿Puedo hacer algo en su obsequio?

—Nada, gracias.

—¿Realmente?

—Realmente. Transmita a la condesa mi gratitud.

El secretario saludó con una inclinación de su calva cabeza.

—En tal caso, me resta sólo comunicarle que la señora condesa tendrá sumo gusto en que le honre usted con su visita esta noche a la hora del café.

—¿Esta misma noche?

—Sobre las diez, señor Walsh. Bienvenido a San Simeone...

La puerta se cerró.

Sterling permaneció con la mirada fija en ella, reflexionando. No había esperado aquello. Evidentemente, Eva Sanders se hallaba prevenida, dispuesta a anticiparse a cualquier movimiento.

Su visita a San Simeone no había sido anunciada. Desde París, Tío Joe llevaba adelante formulariamente las negociaciones para el rescate de Gerry. Nada permitía suponer que otra acción paralela las completase.

Y sin embargo, ella lo había sabido. Ella conocía su identidad y había incluso calculado al minuto su llegada al pueblo.

¡Le esperaba aquella noche!

Sterling se preguntó si los planes que había esbozado en el curso del viaje no resultarían en el instante decisivo simples niñerías inocentes.

Luego se mudó de ropa, bajó al café a beber un bitter ante la mirada curiosa de los vecinos, y en el comedor del hotel engulló una cena compuesta, de espaguetis y cordero asado.

Una pregunta indirecta bastó para que la camarera derramase sobre él una cascada de información referente a la condesa

Pellegrino, al difunto conde, al difunto padre del difunto conde, al viejo palacio y a las dependencias del viejo palacio. Para los habitantes del lugar, Eva Sanders era al parecer la mujer más bella y distinguida del mundo, la más bondadosa; la señora por excelencia: protectora de los humildes, generosa en sus limosnas a la parroquia, gentil y amable con todos.

Y muy dada a los viajes desde que el pobre conde falleció: Sterling verificó sin esfuerzo que había estado ausente por las fechas en que sucesivamente desaparecieron sus víctimas. Viena, Port Said, Maronia, Niza, París...

Una pantera de garras de terciopelo.

¿Y el palacio? ¡Cuánta historia tenía el palacio!

Sterling pensó en ello, más tarde, mientras conducía su coche por el camino en rampa que se adentraba en las propiedades de la condesa. Una masa de bosque cubría la ladera de la montaña, en contraste con la aridez del terreno llano, característica del suelo calabrés. Los árboles figuraban allí entre los privilegios de los potentados.

El palacio surgió en la noche, lleno de luces. Un magnífico edificio renacentista sorprendentemente bien conservado. Ante él se hallaban estacionados dos coches: un «Millecento» nuevo y un antiguo y destartelado «Balilla».

El americano fue recibido, primero, por una doncella, y luego por el sonriente secretario, quien entre frases de almibarada cortesía le condujo al salón.

¿Una devoradora de hombres?

Sterling estudió con ávida curiosidad a la mujer te tendía elegantemente la mano. Asombrosa. De los cuarenta años que le atribuía Tío Joe, aparentaba poco más de la mitad. Su cuerpo era un prodigio de armonía y gracia, sensual como el de una gata persa. Su rostro poseía un turbador encanto, una belleza a la vez clásica y exótica que resultaba inimitable. Sus ojos podían ser los de un ángel o los de un diablo. Su cabello, de un rubio de plata, era una maravilla. Vestía con lujosa sencillez, y el marco de aquel salón por donde las grandes damas calabresas habían paseado su orgullo a lo largo de los siglos parecía creado expresamente para realzar su excepcional figura.

No estaba sola. El americano descubrió con sorpresa, en torno a

la mesa donde se habían servido el café y los licores, a tres personas: un hombre enjuto, de rostro inteligente, que usaba gafas; y una pareja de mediana edad, gris e indefinida la mujer, robusto y apoplético el hombre. El primero le fue presentado como el médico de San Simeone; los otros dos eran el alcalde de la localidad y su esposa.

—¿Una taza de café? ¿Coñac, señor Walsh?

La escena era irreal, increíble, grotesca. Una reunión pueblerina con reminiscencias feudales. Pero aquella soberbia criatura que brindaba tan delicadamente su hospitalidad, tenía que ser la mujer más peligrosa del mundo, y en algún lugar, no lejos de la apacible tertulia, Gerry Browne y Micheline Lessou se encontraban aprisionados. De aquel lugar habían partido hacia una horrible muerte varios hombres...

Con una sensación de pesadilla, durante lo que se le antojó una eternidad, participó Sterling en la sangrienta comedia. Sus ojos devoraban a la condesa, y su admiración por ella iba en aumento. Eva, sonriendo dulcemente, dirigía la inocente conversación: el turismo, tema inevitable; los problemas sanitarios del campo, las dificultades de la parroquia, el gobierno municipal; música, arte, deportes, viajes... América y Europa. ¿Había corrido mucho mundo el señor Walsh? ¿Amaba Italia? ¿Qué impresión le había producido San Simeone? ¿Proyectaba pasar allí muchos días? Eran tantas las bellezas y curiosidades de la comarca...

La iniciativa de despedirse partió al fin de la esposa del alcalde. Su marido la secundó. El médico se unió a ellos.

En un instante quedó Sterling a solas con la condesa.

—¿Otra copa de coñac, señor Walsh? Usted y yo somos compatriotas. Por ello, su presencia ha hecho de esta reunión una fiesta para mí.

—Somos algo más que compatriotas —dijo lentamente Sterling.

La condesa le miraba a los ojos. Se echó a reír.

—Cierto. Viene usted de París, ¿no es así? Tengo allí muchas y muy buenas amistades... ¡Oh, el querido y añorado Tío Joe! ¿Se encuentra bien de salud?

Con una sola frase había la conversación entrado en el cauce adecuado. Con una sola frase la realidad había irrumpido en el fantástico salón.

Sterling sintió frío por dentro.

—Se encuentra perfectamente. Le envía sus saludos.

—Cargados de veneno, supongo. —La sonrisa de Eva era angelical—. Él nunca me ha perdonado, nunca me ha olvidado. Es usted demasiado joven para saberlo... El congelado y eficiente Tío Joe sintió una sola vez en la vida, el fuego del amor, y fui yo quien lo encendió en su pecho. Una sola vez en su vida estuvo dispuesto a renunciar a todo por una mujer. Yo era esa mujer. ¿Comprende usted el motivo de que no me haya perdonado nunca?

Sterling cerró los ojos. Las palabras que Tío Joe pronunciara al darle en París sus instrucciones semejaban flotar en el aire: «Trae a Gerry vivo, elimina a Eva». Parecía imposible...

Elimina a Eva. Una orden escueta e impersonal, pronunciada sin dolor, sin nostalgia. Llegar a aquello, ¿cuánto había costado?

Cada ser humano era un enigma.

—Será mejor que hablemos claro —dijo Sterling—. Mi propósito al venir a San Simeone, y el suyo al invitarme esta noche, está claro que coinciden. Tenemos un negocio que realizar. ¿Es así?

—La vida en Italia me ha alejado espiritualmente del pragmatismo comercial americano, pero creo que en efecto es así —[^]sintió la condesa dulcemente—. Estaba segura de que Tío Joe preferiría los métodos directos. Me parece bien.

—¿Entonces?

—¿Tiene usted el importe del rescate?

—Sí.

—¿En efectivo? ¿Dólares americanos?

—Sí.

—En tal caso, mañana mismo podemos efectuar la transacción. Medio millón por Gerry Browne, y el obsequio por mi parte de una francesita rubia. ¿O no quieren ustedes que Micheline Lessou se incluya en el trato?

—De modo que, a fin de cuentas, ella está también en su poder.

—¡Delicioso, señor Walsh! El amor lo puede todo. La francesita, ¡figúrese!, sentía celos de mí, y por celos se lanzó en pos de su hombre. Apareció en el momento menos oportuno. Era cuestión de matarla o traerla con él... ¡Yo soy tan sentimental en mis cosas!

Sterling aspiraba el aroma del coñac que reposaba en el fondo de su copa.

—Ha dicho usted que mañana podemos efectuar la transacción —recordó con frialdad—. ¿Cuándo, cómo y dónde?

—Lo tengo ya todo previsto. No estimo a ustedes en menos de lo que valen, compréndalo. Conozco muy bien a Tío Joe y estoy familiarizada con sus métodos, así que puede usted suponer que no correré riesgos inútiles. —La condesa se levantó graciosamente de la butaca que ocupaba—. Venga conmigo, por favor...

Sterling la siguió hasta uno de los ventanales del salón. A cierta distancia, entre los árboles, en la obscuridad de la noche, brillaba una luz que dibujaba vagamente los contornos de una construcción de forma cilíndrica.

—En la antigüedad —explicó Eva, señalando el edificio—, esa torre fue el bastión militar de que los condes Pellegrino se servían para defender sus dominios, especialmente contra las incursiones de los corsarios africanos. Hoy es un pabellón de recreo. Mañana, señor Walsh, nos reuniremos allí a las once de la noche y procederemos al intercambio. Usted vendrá solo, completamente solo, sin armas, y traerá el dinero. Por favor, no intente ninguna treta, o al menor síntoma de anormalidad, su amigo el señor Browne y la jovencita rubia, perderán la vida como otros la han perdido antes que ellos. Estoy en guardia. Podría detallarle uno por uno los pensamientos que ha albergado su mente y los que se han gestado en la del querido Tío Joe; sé la humillación que representa para él someterse a mis dictados; sé también que usted ha venido a San Simeone para forzar en su favor la situación, puesto que el rescate de Browne podía haberse efectuado como el de William Singer, por vías normales, sin que su presencia aquí fuera necesaria. Quiero que quede absolutamente claro que no me dejaré sorprender. Aunque Tío Joe le haya enviado a usted: Sterling Walsh, la niña de sus ojos, su agente predilecto, su hombre de confianza en Europa; ya ve que conozco incluso sus debilidades. Está usted ahora en la boca del lobo. En San Simeone impongo yo la ley, y se cumplirá. ¿Ha comprendido?

—Qué remedio —suspiró Sterling.

Minutos después, con la imagen de aquella asombrosa mujer todavía en su retina, conducía el «Alfa Romeo» de regreso a la población. El aire del bosque era aromático; la noche, tibia y silenciosa.

Noche de primavera en Italia. Millones de enamorados soñaban con aquello en todo el mundo.

¿Y qué?

* * *

Las campanas del reloj de la iglesia de San Simeone llegaban hasta allí.

Once. Las once de la noche.

Un claro se abría en el bosque. El terreno se elevaba formando una cresta, y en lo alto de la cresta estaba la antigua construcción. Tenía la forma de un flan, no exactamente la de un cilindro. Había sido restaurada, sus piedras centenarias puestas en orden y empastadas con argamasa nueva, pero conservaba íntegro su antiguo carácter. Las luces habían sido dispuestas con arte en su derredor.

Sterling pensó que, en pleno día, desde la torre debía de verse el mar, el intenso y estremecido azul del mar Tirreno.

Luego se apeó del coche y cerró de golpe la portezuela.

Sus pasos susurraron en la hojarasca.

Había un hombre al pie de la torre, junta a la puerta, bajo la luz. Era un joven campesino, moreno y velludo. Con una metralleta bajo el brazo ofrecía la estampa típica del partisano o el bandido calabrés.

Levantó la mano cuando Sterling estuvo a corta distancia. Dijo en dialecto:

—Entrégueme sus armas.

—Vengo desarmado.

—No se mueva.

El americano no se movió. Permitió que el hombre le cacheara, con el hocico de la metralleta apuntándole constantemente al vientre.

—¿Y en la maleta?

Se refería al abultado portafolios que Sterling llevaba en la mano.

—La maleta la abrirá solamente la condesa. Prueba a hacerlo tú, chimpancé; a ver qué pasa.

Alguien dijo desde las sombras:

—Está bien, Anatolio. Adelante, señor Walsh. Tenga, la amabilidad de seguirme... La señora condesa está esperándole.

El secretario calvo aguardaba en el hueco de la puerta.

Era el momento crítico, el inicio de la fase final.

Sterling contuvo el aliento. Vaciló un instante. Luego echó a andar y siguió al secretario al interior.

Se encontró en una pieza de pequeñas dimensiones, sin más muebles que dos banquetas de madera y cuero colocadas simétricamente a ambos lados de una panoplia de armas antiguas. Una cortina recogida a un costado cubría la puerta del fondo, al otro lado de la cual, como centinela de otros siglos, estaba montada una armadura de aspecto amenazador.

El secretario sostuvo levantada la cortina.

Más allá había una sala enorme, de techo altísimo, que ocupaba sin duda la casi totalidad del interior de la edificación. En el centro, en pie junto a una mesa, se hallaba la condesa Pellegrino. Una lámpara de hierro forjado con pantalla de pergamino la iluminaba. En derredor todo era penumbra, que se convertía en sombra densa cerca de las paredes.

Sterling creyó ver en aquel escenario algo diabólico, la supervivencia de antiguas fuerzas del mal, como una reminiscencia de los siglos negros en que el diablo desataba en Calabria su perverso poder.

Advirtió que al avanzar él hacia la condesa el secretario se retiraba.

—Venga acá, señor Walsh —dijo ella, casi en un murmullo.

El americano se detuvo a los pocos pasos.

—Esto tenía que ser un intercambio; una compraventa, por decirlo así.

—Lo es. ¿Tiene miedo?

—Llámelo desconfianza.

Eva Sanders rió. A continuación levantó la mano e hizo una seña.

Cuatro figuras surgieron de la obscuridad del fondo de la sala. Dos eran hombres armados, de apariencia similar a la del que montaba guardia en el exterior.

El rostro de Sterling no reflejó la menor emoción cuando reconoció en las dos figuras restantes a Gerry Browne y Micheline

Lessou.

Hubo un tenso silencio.

Gerry y la muchacha miraban fijamente a su amigo, pero no pronunciaron una palabra ni hubo en ellos otro signo de saludo que el repentino fulgor de sus ojos.

—Ponga el portafolios sobre la mesa —indicó la condesa—; ábralo y cuente el dinero.

Sterling se aprestó a obedecer.

Browne, Micheline y sus dos guardianes se habían detenido a unos metros. Eva se mantenía algo apartada.

Los fajos de billetes aparecieron bajo la luz. Uno de los guardianes emitió una sorda exclamación.

Durante unos minutos no hubo otro movimiento ni otro rumor que el de los dedos del americano contando los fajos y el susurro de los billetes.

La operación terminó.

—Marchaos —ordenó entonces la condesa a los dos guardianes.

Tenía en su bella y delicada mano una pistola.

Los dos hombres salieron.

—¿Algo más? —preguntó Sterling.

—Mucho más, señor Walsh. ¡Muchísimo más! —La risa de la mujer cascabeleó de nuevo en el aire—. En primer lugar, darle las gracias por haber obedecido sumisamente mis instrucciones. Será una lástima que no pueda, transmitirle mi agradecimiento a Tío Joe... Guarde el dinero y cierre el portafolios, por favor.

Él hizo lo que le decían.

Súbitamente sonó la voz de Gerry:

—Ha sido una locura. Cuando te he visto aquí, Sterling, he comprendido que lo habíais echado todo a perder. Lo siento por Micheline; tú y yo, al fin y al cabo, entramos en el juego sabiendo lo que podíamos perder.

—Bellas palabras —asintió Eva, alegremente. Avanzó hacia la mesa, cogió el portafolios y volvió a apartarse—. ¿De veras suponían usted y Tío Joe que el trato se cerraría de este modo, señor Walsh? ¡Oh, no! Yo estaba segura desde el principio de que el propio Tío Joe me brindaría la oportunidad de darle una lección. ¡Estaba segura de que uno de sus mejores hombres aparecería un día u otro en San Simeone! No voy a dejarles partir a ustedes para

que al menor descuido, reajusten el precio de esta operación, pegándome un tiro por la espalda...

—El precio lo reajustarán otros tarde o temprano —replicó Sterling con calma—. Ha embarcado usted en un bote destinado sin remedio a naufragar. Y lo sabe. Se condena a sí misma por el placer de un triunfo momentáneo sobre un hombre a quien odia. La experiencia debería decirle que en nuestro oficio, los sentimientos personales conducen de cabeza a la tumba.

—Gracias por sus consejos, pero he trazado ya mis planes para el futuro.

—Deje entonces salir de aquí a la chica. Ella está al margen.

—Imposible.

—¿Por qué?

La sonrisa de Eva irradiaba encanto.

—Usted ignora sin duda, querido señor Walsh, que las pasiones políticas se desatan en Calabria con gran violencia. Determinados elementos de ideología extremista vienen hace tiempo demostrando su reprobación hacia la aristocracia y el viejo capitalismo con ruidosos y a veces sangrientos atentados.

—¿Eso qué importa? —exclamó el americano.

—¿No comprende? Un terrorista provocará esta noche una explosión en mi pabellón de recreo. Una horrible desgracia que costará la vida a los tres huéspedes extranjeros que esta noche había recibido en mi palacio...

Gerry, que rodeaba con un brazo los hombros de Micheline, la soltó de pronto y dio un paso hacia la condesa.

Ella le encañonó sin dejar de sonreír.

—Es inútil —dijo Sterling.

—Inútil, en efecto —corroboró la mujer—. Terminemos ya. No podrán ustedes salir de aquí, porque las ventanas están provistas de rejas. Y antes de transcurrido un minuto de mi partida, el pabellón habrá volado. Hay una carga preparada bajo el suelo capaz de destruir una ciudad. Esto es todo, amigos. —Eva Sanders, con el portafolios bajo el brazo comenzó a retroceder hacia la puerta—. ¡Feliz viaje!

Lanzó una alegre carcajada y desapareció.

Se oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

El minuto comenzó a transcurrir.

CAPÍTULO X

Gerry se lanzó hacia la puerta, pero no tardó en regresar. Fue hacia Micheline, la estrechó entre sus brazos y miró a Sterling.

—Ella no se ha enterado —dijo roncamente—. No entiende el inglés. No sabe lo que nos espera.

La muchacha se apretaba en silencio contra su pecho.

Sterling se encogió de hombros y sacó un cigarrillo.

—No se lo digas.

—Pero no es justo...

—Calla y aprovecha el tiempo. Bésala. Tú tienes suerte.

Inclinó la cabeza y encendió el cigarrillo, mientras Gerry besaba con desesperada ternura a la joven.

¡Un minuto!

Setenta segundos. Ochenta. Cien.

Dos minutos.

Tres.

Sonó el ruido de la puerta al abrirse.

Gerry posó en Sterling una mirada de alucinado.

—No comprendo. ¡Dios mío! ¡Dios misericordioso!

Alguien había entrado. Una mujer rubia.

Vestía como un muchacho: pantalones tejanos y cazadora de cuero.

—Habréis de daros prisa si queréis alcanzarla —dijo—. Ha salido a escape en su coche hacia Trebisano.

—¡Gina Angiolini! —gritó Gerry.

—Dichosos los ojos, encanto —respondió ella.

Sterling pasaba por su lado, corriendo ya hacia la puerta. La joven se le unió. Gerry reaccionó de su asombro para seguirles tirando de la mano a Micheline.

Fuera no había nadie.

En un momento descendieron por el talud y saltaron todos a bordo del «Alfa Romeo». El coche partió con un rugido a través del bosque.

—¡A la izquierda! —indicó Gina cuando alcanzaron la carretera—. ¡Hacia Trebisano, al otro lado del monte!

Sterling conducía inclinado sobre el volante.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Gerry—. ¡Cielos, Gina, nunca me habías parecido tan bonita como esta noche! ¿Qué ha pasado?

—Magia negra —rió la muchacha.

—Ella operaba como agente de cobertura —explicó Sterling—. No era normal que Eva Sanders se comportara honestamente, de modo que adoptamos toda clase de precauciones. Así hemos descubierto esta tarde, que el viejo pabellón era minado. ¡Una trampa! Un hombre debía esperar en el bosque a que Eva le diera la señal para hacer funcionar el detonador. Gina ha quedado encargada de ponerle fuera de combate a tiempo y acudir enseguida a liberarnos.

—¡Pero tú lo sabías! ¡Sabías que la condesa no podría cumplir su amenaza! ¡Y has permitido que pasara esos minutos espantosos!

—No estaba seguro de que Gina tuviera éxito. Y no me parecieron minutos espantosos, Gerry; no en lo que respecta a ti. Supiste aprovecharlos.

—Sterling, eres...

—¡Eh, mirad! —exclamó Gina.

Muy arriba, en las pronunciadas curvas que la carretera describía para ascender al monte San Simeone, los faros de un automóvil barrieron el cielo.

—Es ella —dijo Sterling—. Ocúpate de Micheline, Gerry. Explícale lo que ocurre. No parece haberse dado cuenta siquiera de que ha recobrado ya la libertad.

—Tampoco yo. Es un sueño.

El «Alfa Romeo» aceleró su marcha. Los faros del otro coche volvieron a verse.

Sterling se absorbió en la tarea de conducir. Curva tras curva, siempre hacia arriba, escalando la mole montañosa que en la obscuridad semejaba llenar el mundo entero.

Oía a Gerry hablarle a Micheline, oía las exclamaciones de

sorpresa de ella, sus comentarios, sus preguntas, pero no prestaba atención a las palabras. En el asiento delantero, a su lado, Gina fumaba un cigarrillo. La brasa, cuando aspiraba, iluminaba su delicioso perfil.

Gerry dijo transcurrido algún tiempo:

—Es un sueño del que cuesta librarse. Dormirse en París, una noche de primavera; despertar en una mazmorra medieval, pasar un número indeterminado de días sin ver a nadie, sin saber dónde está uno; y luego esto... Es Italia, naturalmente. Calabria. Y vosotros, y Micheline...

—Y tu pantera rubia devoradora de hombres.

—¿Fue eso lo que os puso sobre la pista? ¿Mi carta a Tío Joe?

—Fue el primer indicio.

—¡Oh, cáscaras! Debí indicar claramente que Eva Pellegrino intentaría devorarme a mí.

—¿Lo esperabas?

—Estaba ofreciéndome como cebo. Yo me encontraba de paso en Viena cuando un muchacho llamado Donau desapareció. Fue un caso curioso. Un caso muy similar al ocurrido en Niza con un agente francoargelino llamado Mohamed Kassim. Algo que me incitó a atar cabos y a comprobar determinados puntos. —Gerry rió—. Tú verás, Eva Pellegrino y yo habíamos coincidido en el mismo hotel en Viena; y cuando supe que ella había llegado a París...

La penosa subida había terminado. Desde aquel punto la carretera descendía por la vertiente opuesta del monte.

—Allá va —dijo Gina.

Los faros del otro coche serpenteaban más abajo a gran velocidad. Había cobrado considerable ventaja a favor de la pendiente.

Sterling lanzó el «Alfa Romeo» por las alucinantes curvas, poniendo a prueba los frenos y la resistencia de las llantas.

—Las cosas me salieron demasiado bien —añadió Gerry con un suspiro—. No esperaba que Eva actuara tan pronto; de lo contrario hubiera informado a Tío Joe de lo que sospechaba con respecto a ella. Me tomó de improviso.

Calló.

Hubo un silencio.

Curvas, curvas, curvas. Gemido de neumáticos. Las ruedas

patinando a un palmo del abismo.

A lo lejos surgieron las luces de una población.

—Trebisano —anunció Gina.

El coche de la condesa estaba ahora debajo del suyo, a muy corta distancia. Sterling, con su descenso suicida, casi le había dado alcance.

Fue entonces cuando ocurrió.

Todos lo vieron.

Micheline lanzó un grito.

El automóvil de Eva Sanders patinó a la salida de una curva más pronunciada que las anteriores y avanzó unos metros coleando peligrosamente. Sus ruedas traseras perdieron contacto con la carretera. De pronto semejó saltar, emprender el vuelo. Describió una parábola sobre el abismo, sus faros surcando locamente el aire, y fue a estrellarse contra el fondo con una sorda explosión.

Cuando el «Alfa Romeo» se detuvo y se apearon sus cuatro ocupantes, abajo no había sino una gran hoguera.

Micheline sollozaba ahogadamente.

Por un momento nadie dijo nada. Luego:

—Tanto dinero —murmuró Gina con pesadumbre—. Pensar que esa estúpida está quemándose rodeada de billetes... ¡Jesús, lo que yo haría con medio millón de dólares! ¡Jesús!

Sterling buscó a tientas su mano.

—Cállate.

Las llamas, iluminaban el árido y pedregoso paisaje.

No eran sólo un coche, una mujer y un montón de dinero lo que al pie del cantil estaba reduciéndose a cenizas. Era también un fragmento del pasado de aquel hombre glacial, granítico y misterioso a quien sus agentes llamaban Tío Joe.

Un fragmento singular. Sterling no pudo reprimir una irónica sonrisa al pensarlo.

Oprimió en la suya la mano de Gina.

—Vámonos —dijo—. La gente se retira tarde por las noches en este país. Me gustaría, antes de acostarme, tomar tranquilamente una taza de café en la plaza de San Simeone y hablar un rato del tiempo con el comandante de los carabinieri...

La doncella llamó discretamente con los nudillos a la puerta del estudio, la abrió y asomó la cabeza.

—El teléfono, señor. Conferencia del extranjero.

El hombre de enjuto rostro y cabellos grises alzó los ojos del libro que leía y asintió con un ademán. Tomó el aparato telefónico que tenía sobre la mesa.

Su voz sonó fría y cortante:

—Hable.

—Un afectuoso saludo de su devoto Sterling Walsh, querido Tío Joe.

Los dedos del hombre tamborilearon sobre las páginas del libro.

—¿Dónde estás?

—En Reggio. Anoche tomé café y charlé del tiempo con el jefe de los carabinieri de San Simeone; supongo que es lo único que a usted le interesa.

—¿Todo fue bien?

—Perfectamente.

—¿Gerry?

—Vivo. Corriéndola con Micheline por ahí.

Hubo una pausa.

—Ella...

—¿Micheline?

—No. Ya sabes.

—¡Oh! Un desdichado accidente. San Simeone en peso asistirá a los funerales de su benefactora. —Una nota sarcástica vibró en la lejana voz de Sterling—. Es una lástima que no asista usted también.

La mirada del hombre saltó a través de la ventana hacia las flores del jardín.

—¿Te dijo ella algo?

—Lo suficiente. ¿Duele, Tío Joe?

—No. —La respuesta fue brusca—. Vuelve pronto a París, Sterling. Es posible que te necesite. Y quiero hablar con Gerry cuanto antes.

El teléfono transmitió una risa burlona.

—Tendrá que prescindir por ahora de Gerry y de mí; lamento decírselo. ¡Italia en primavera! ¿No comprende? No, usted no comprende ni comprenderá. Y sin embargo, ella era una rubia

maravillosa...

Tío Joe oprimió la horquilla del teléfono lentamente para cortar la comunicación.

* * *

—Ha cortado, por supuesto —dijo Sterling, a centenares de kilómetros de París.

Depositó el teléfono en su soporte y se tendió perezosamente en el diván de la habitación del hotel. En aquella posición veía a Gina, en pie junto a la abierta ventana, desde una perspectiva inédita. Detrás de la muchacha, detrás de su cabeza rubia, la ventana era un cuadro de intenso azul.

Se echó a reír alegremente.

—¡Eh, nena! —exclamó—. ¡Prepara un trago!

FIN



Jorge o Jordi Gubern i Ribalta fue un novelista y técnico editorial español (Barcelona, 1924-1996).

Usó seudónimos como Bruno Shalter, Esteban Díez, Mark Halloran, Noel Gubre, Pedro Lanuza y William O'Connor.

Era primo de Roman Gubern.

Jorge Gubern Ribalta escribió novelas populares desde los años cuarenta, destacando su personaje Mike Palabras.

Ocupó luego posiciones en el equipo de redacción de editorial Bruguera, convirtiéndose en director de «Gran Pulgarcito» (1970), «Lily» (1970) y «Super DDT» (1973).